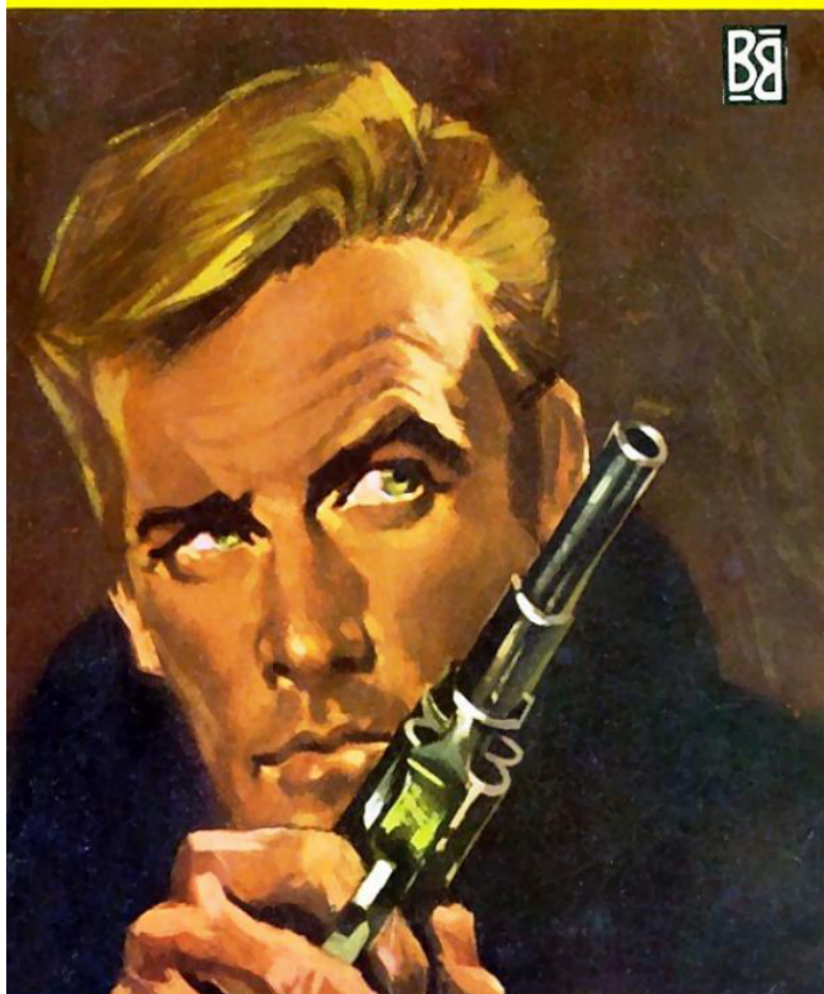


PUNTO
ROJO

un día para morir

burton hare

B&B



COLECCIÓN

PUNTO ROJO





BURTON HARE

UN DIA PARA MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 267

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 13.717-1967

1.ª edición: junio 1967

Impreso en España - Printed in Spain

© BURTON HARE - 1967

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Un gran gentío se agolpa en el muelle, mientras el gigantesco buque se acerca poco a poco para amarrar. Los potentes focos convierten en día la oscura y templada noche de junio.

Las negras aguas del Hudson se agitan violentamente cuando el casco casi roza la pared del muelle de la calle 14 Oeste, mientras los que esperan tratan inútilmente de descubrir a sus familiares o amigos, que también se agolpan en las cubiertas con la misma intención.

Se elevan las voces. Minutos después, las pasarelas son fijadas a las compuertas. Hay un remolino junto a ellas y los viajeros llegados de Europa inician el descenso cargados con ligeros equipajes.

Apoyado en la barandilla, Max Manning contempla todo aquello con ojo crítico, evidentemente disgustado. Nunca le han gustado las aglomeraciones. Un cigarrillo pende de la comisura de sus labios y el humo se disuelve en el quieto aire del puerto.

Repentinamente, se yergue cuando una muchacha de excepcional belleza se abre paso hasta colocarse a su lado. Es muy joven, acaso no pase de los veinte años. Tiene una cabellera rubia y corta, ojos azules y labios siempre rientes, húmedos e invitadores. Max Manning lleva demasiados días viendo el cúmulo de encantos que atesora aquel cuerpo pletórico de vida para sorprenderse, pero no puede evitar el admirarlos una vez más.

—Hubiera deseado que este momento no llegase nunca, Max —susurra la joven, acodándose a su lado.

—Jovencita, si tus deseos se cumplieran mis finanzas se hundirían estrepitosamente. He de justificar mis cuentas de gastos y mis honorarios de cuatro meses y pico. ¿Lo has olvidado?

Ella vuelve un poco la cabeza. Está tan cerca de él que sus labios casi rozan los suyos.

—¿Cuándo te veré, Max?

—No lo sé. Es más, dudo de que sea una idea sensata volver a vernos.

—¡Max! Recuerda que...

—Está bien, está bien; no creo que olvide jamás lo que te empeñas en recordarme. Pero ahí abajo, en algún lugar de este maremágnum, están tus padres esperándote. Se han gastado una fortuna para hacerte volver, y parte de ese dinero ha ingresado en mi cuenta corriente. Tan pronto te haya depositado en sus manos mi misión habrá terminado en lo que a ellos respecta. ¿Has pensado en eso?

—No pienso en otra cosa desde que emprendimos el viaje... Max, dijiste que me amabas. Si todo fue una comedia para hacerme volver, yo...

Él contiene un gesto de impaciencia.

—No fue una comedia. Te amo realmente, y eso ha sido hermoso mientras ha durado. Europa está muy lejos de Nueva York. Tú y yo éramos sólo un hombre y una mujer. Aquí, tú eres la heredera de un nombre ilustre y una montaña de millones y yo vuelvo a ser Max Manning, propietario, director ejecutivo, trotacalles y botones de la razón social Manning y Manning y nada más.

—¿Y qué importa eso?

—Los tiempos de los trovadores y princesas quedaron atrás, Sylvia.

—¿Estás tratando de decirme con toda esa palabrería que tan pronto nos separemos esta noche todo habrá terminado entre nosotros?

Max, irguiéndose, clava sus ojos en el rostro adorable.

—No para mí.

—Tampoco para mí, pero no deja de ser lo más sensato.

—Entonces, volveré a marcharme y esta vez no habrá nadie que me encuentre jamás.

—Ya lo hiciste una vez y yo te encontré. Escucha, Sylvia, y no trates de contradecirme. Tú vuelves al lado de tus padres, a tu mundo; un ambiente de lujo, de distinción, donde todo el que se mueve en él sabe cómo comportarse. Y yo vuelvo al mío, un mundo bastante rudo y vocinglero, sin refinamientos, muchas veces sin un

centavo... ¿Crees que podrías adaptarte a eso alguna vez?

—A tu lado sí. Pero lo importante es que tú te amoldes al mío, ¿no quieres comprenderlo?

—No, gracias. El papel de príncipe consorte no se ha hecho para mí —replica, dominando apenas la amargura de su voz. Y añade—: Lo malo de este asunto, pequeña, es que me he enamorado de ti como un tonto, pero eso no borra todo lo demás. Vamos a hacer una prueba, ¿quieres?

—Max, todo lo que quiero es amarte y que me ames.

—Eso ya está conseguido. Tratemos de solucionar el futuro ahora... Mira, todo depende de la influencia que nuestros respectivos ambientes ejerzan sobre nosotros. Demos tiempo al tiempo. Si pasado un mes, o dos, tú sigues pensando igual, adelante. El sueño más hermoso de mi vida se hará realidad.

—¡Pues claro que pensaré lo mismo!

—Muy bien, pero asegúrate.

Ella titubea. Hay en sus ojos un brillo de lágrimas.

—Max...

—Dos meses. Serán un infierno para mí, pero es preferible eso a que el infierno se desate luego, cuando ya no tenga remedio.

—¿Y pretendes que pasemos dos meses sin vernos siquiera?

—Exactamente.

—No lo resistiré, querido...

—Tendrás que soportarlo... Tendremos que soportarlo.

—Bésame, Max.

—¡Oh, con un demonio! ¿Qué crees que es esto?

—Haremos la prueba, tal como quieres. Pero bésame... para darme fuerzas. Después ya no podrás hacerlo.

Él se deja aprisionar por aquella mirada brillante, por aquellos labios rojos que le han dado ya raudales de fuego en otras ocasiones.

—Al diablo —murmura.

Sus duros brazos encierran a la muchacha en un abrazo casi brutal. Siente en su boca la pasión que desborda de unos labios con los que sueña despierto y se entrega por entero al beso loco que puede ser el último.

La gente se detiene al verlos. Las sonrisas se suceden, pero ellos no advierten nada, aislados del mundo, sumergidos en un universo

en el que no cabe otra cosa más que su pasión, el ansia que arde en sus bocas...

Después, desfallecida, Sylvia susurra:

—¿Lo dejamos en un mes, cariño?

—Dos meses.

—Tú ganas, como siempre. Límpiame los labios o papá se escandalizará cuando te vea.

Él obedece, notando por primera vez las miradas irónicas de los que han contemplado la escena. Un tanto azorado, murmura:

—Vámonos de aquí antes que le sacuda a alguien... ¿Dónde tienes el equipaje?

—Todo está preparado. Sólo llevaré una maletita con lo imprescindible.

—Muy bien, vamos a buscarla. Tus padres estarán saltando de impaciencia.

—Nunca he visto a papá saltar, ¿sabes? Es un tipo muy correcto.

—Se supone que todos los senadores lo son... Bien, andando, corazón. Las vacaciones han terminado.

—Y pensar que todavía seguiría en París si no hubiera sido por ti... ¿No te gustaría volver a París, cariño?

—Sí.

—Volveremos en nuestra luna de miel.

—Tendrás que conformarte con las cataratas del Niágara, amor. Mis finanzas no dan para más.

—Pero las mías... Oh, está bien, olvidado. El príncipe consorte y todo eso...

Se echa a reír. Él la sigue hasta las entrañas del navío, hacia donde están los camarotes.

Minutos más tarde, llevándola del brazo, Max Manning se detiene ante el senador Gribble y su aristocrática esposa. Forman un matrimonio que pregonan con su sola presencia la altura social a que pertenecen.

Max contempla con el ceño fruncido las expansiones de aquellos padres que, durante unos meses, creyeron haber perdido para siempre a su hija. Ahora, al recobrarla, todo queda relegado al olvido excepto la emocionada alegría del encuentro, de la recuperación.

Retrocede unos pasos. Enciende un cigarrillo, un tanto violento.

Es cierto que ha sacado una pequeña fortuna con este trabajo, pero no se siente satisfecho. Tal vez haya ganado dinero, pero ha perdido algo que siempre lo había sido todo para su solitario vivir: la independencia sentimental, el no dejarse aprisionar jamás por el amor.

Aquella chiquilla ha hecho el milagro...

O quizá no sea un milagro, sino algo capaz de darle muchos disgustos.

—Gracias, Manning...

Su mano es aprisionada y sacudida con emoción. El senador tiene los ojos húmedos. Max piensa que eso no es propio de un político.

—Estuve de suerte —murmura.

—Nada de suerte... si alguien podía encontrarla, ése era usted... Mi esposa desea también agradecerle lo que ha hecho por nosotros, pero está demasiado emocionada... incluso temo por su salud. Su corazón no es muy fuerte, usted sabe...

—Comprendo...

Trata de ver a Sylvia de nuevo, pero la madre se ha llevado a su hija hacia donde espera el coche. Con un extraño vacío en su interior, desprende su mano del apretón entusiasta de su cliente.

—Le mandaré la relación de gastos completa dentro de unos días, senador.

—Olvídelo. Fije sólo una cifra... la que quiera. Se la pagaré, no importa si es crecida.

Trata de reír y no puede. Luego añade:

—Estaremos un par de días aquí, en el Waldorf Astoria. Quiero que venga a vernos antes de nuestro regreso a Washington, Manning. Tenemos mucho que hablar. Sus informes no eran demasiado explícitos y... y queremos saber tantas cosas...

El detective asiente con un gesto. Sabe que no efectuará semejante visita. Tal vez piensa que jamás volverá a ver a la sugestiva Sylvia...

—Conforme.

Se queda solo en medio del gentío que va aclarándose. No se siente con ánimos de esperar el equipaje. Toma su pequeña valija y se dirige a la oficina de recepción. Los trámites son resueltos sin dificultad. Se deja arrastrar por la riada humana hasta el exterior

del muelle. Contempla indiferente la batalla por la caza de los taxis. Deja la maleta y enciende un cigarrillo.

No sabe el tiempo que transcurre hasta que reacciona. Está pensando en la conveniencia de abandonarlo todo, de huir... huir de aquella mujer que se ha metido en sus entrañas como una droga.

—No es para mí —gruñe entre dientes.

—¿Decía algo?

Se vuelve. Un mozo está mirándole.

—Un taxi —dice—. ¿Puede conseguirme un taxi?

—Seguro.

Lo logra. Un dólar cambia de mano.

Max da su dirección y se echa atrás en el asiento. Cierra los ojos. Había pensado que, después de tanto tiempo, sentiría una viva emoción al recorrer las calles de Nueva York. Ahora comprende que su capacidad emocional está concentrada en otro objetivo.

De repente exclama:

—Espere; lléveme al «Sims», en la 22.

—Muy bien.

El «Sims» es un tugurio lleno de humo, de reporteros y policías francos de servicio. Quizá sea el lugar que más ha echado de menos durante aquellos meses.

Nadie advierte su presencia cuando entra. Se dirige al final del inacabable mostrador. Simón Cohen está detrás de la caja, vigilándolo todo con sus ojillos de ave de presa.

—Hola, Simón.

El judío ladea la cabeza. Da un respingo al verlo.

—¡Max! Que me cuelguen si no hemos hablado de ti todas las noches... ¿Cómo está Europa?

—Estupendamente. ¿Qué tal por aquí?

—Magnífico... ¡Eh, muchacho, un doble para Max! Del mío.

La botella surge del fondo del mostrador. Max prueba el *whisky*. Sonríe.

—Excelente, Simón. ¿Sigues ganando tanto dinero?

—¿Dinero? ¡Bah, centavos! Los tipos que vienen aquí nunca tienen dinero... Reporteros, polizontes... detectives privados...

Se echa a reír. Max comienza a encontrarse en su ambiente.

Tras de él, una voz exclama:

—¡Miren quién está aquí!

Se vuelve. Un tipo larguirucho y pálido, con los ojos miopes escondidos detrás de unas gafas enormes, casi le arranca el brazo al estrecharle la mano con entusiasmo.

—Hola, Reddick. Creí que te habrías muerto en este tiempo.

—No hay manera... te juro que estoy enfermo como un diablo. Pero nadie me cree... Me siento terriblemente mal.

—Nunca te he conocido de otra manera. Eres un caso clínico, ¿eh?

—Y tú que lo digas...

De repente se interrumpe. Palidece si fuese posible perder color cuando no se tiene. Su mirada se vuelve turbia tras sus gafas.

—¿Cuándo te marchaste? —indaga con voz que ha cambiado notablemente.

—Bueno, hace casi cinco meses... ¿por qué?

—Entonces no sabes...

—Vamos, termina. ¿De qué estás hablando con todo este misterio?

—De Frank Ballinger.

Max se endereza. Aquel nombre significa mucho para él.

Le debe la vida al que lo lleva.

—¿Qué pasa con él?

El reportero mira al dueño del bar como si esperase que éste le echase una mano. Simón vuelve la cabeza.

Max mira a uno y otro. Se impacienta.

—Bueno, ¿qué tienes que decirme de Frank Ballinger? —insiste.

Tras un último titubeo, el larguirucho susurra:

—Van a electrocutarlo mañana al amanecer, en

Sing-Sing.

Max retrocede un paso hasta encontrar el mostrador para apoyarse en él. La tierra se resquebraja bajo sus pies y siente una sensación de vértigo.

—¿Es una broma? —Consigue balbucir.

Reddick sacude la cabeza.

—Lo condenaron a muerte. El jurado apenas si necesitó diez minutos de deliberación...

—No es posible... no puedo creerlo, Reddick.

Agarra el vaso como si fuera una tabla en la que sostenerse. De un trago engulle el contenido. Después murmura:

—He de verlo... tengo que ver a Frank...

—No podrás hacerlo. Ha entrado en la celda de la muerte. No está permitido visitarlo.

—He de conseguirlo.

Casi echa a correr hacia la puerta. Su maleta queda olvidada.

Mientras busca un taxi trata de imaginarse a su amigo entre los barrotes de la jaula de la muerte. No lo consigue.

Es imposible hacerse cargo de la angustia del que espera dentro de aquellas rejas.

El terror que va apoderándose poco a poco del condenado, a medida que transcurren las horas, viendo a los impasibles guardianes, silenciosos e inmóviles, dirigiéndole alguna mirada de vez en cuando. Una mirada compasiva...

Miradas que estremecen a Frank Ballinger detrás de los barrotes.

Porque Ballinger tiene motivos para temer a la muerte, para gritar incluso con todo el dolor del mundo en su voz.

Gritar su inocencia en la que no ha creído nadie.

Tumbado en el duro camastro, ante la mirada de los guardianes de vista, piensa que sólo saldrá de la jaula cuando le lleven a la muerte, a la terrible silla que destruirá su mente y sus nervios sumiéndole en un más allá en el que apenas se había molestado en pensar alguna que otra vez como algo lejano, ajeno a él.

Ahora, lo tiene al alcance de la mano.

Nadie creyó en él. En su inocencia.

Si Max hubiese estado allí... él hubiera sabido cómo sacarle del atolladero...

Pero nadie sabía dónde estaba Max Manning.

Y ahora, dentro de algo más de veinticuatro horas, iba a morir.

Un asesinato legal, ni más ni menos.

Sintió tentaciones de llorar y cerró los ojos para no ver la brillante luz que alumbraba noche y día... esperando que él no existiera para apagarse.

2

El teniente Morton es un hombre de casi cuarenta años, recio y pesado. Su dedicación al servicio de la ley le ha endurecido más de la cuenta, pero también le ha dado una visión de la vida que muchas veces no encaja con sus obligaciones como oficial policíaco.

Conoce bien a Max Manning.

Quizá demasiado bien.

—Es inútil, Max —refunfuña tras escuchar a éste—. Tú sabes bien que nadie puede visitar a un condenado a muerte cuando ha entrado en la «jaula».

—¡Condenación! ¿Es que no me has entendido? Se trata de Frank. Tú puedes ayudarme... conseguir un pase con cualquier excusa.

Morton, envuelto en una bata casera que se ha colocado sobre el pijama cuando el detective le ha sacado de la cama, es la imagen del desconcierto.

—No sé qué puedo hacer, Max. ¿Qué quieres que diga en la petición, que un tipo medio loco quiere visitar al reo porque una vez fue su amigo? Se reirían de mí.

Max no puede contenerse. Su puño, macizo como una roca, se abate furiosamente contra la superficie de la mesa.

—¡Utiliza el cerebro si es que lo tienes! ¿No es posible que para un caso que tengas entre manos necesites hacer unas preguntas a un condenado a muerte? Es perfectamente válido...

—Si lo fuera, me autorizarían a mí, no a ti. Escúchame, Max, sé la clase de aprecio que te une a Frank Ballinger, y no ignoro tampoco cómo se establecieron esos lazos. Es lamentable, pero no puedes culpar a nadie de que Ballinger fuera un cabeza loca, o de que tú estuvieras en Europa en el momento de ocurrir los hechos.

—Frank se había reformado.

—Ni tú mismo puedes creer eso. Había sido procesado tres veces

por estafa y una por extorsión. Condenado dos, y nadie sabe de dónde sacaba el dinero para vivir. Qué demonios, Frank Ballinger era un granuja en toda la línea. Un granuja simpático si tú quieres, pero ésa es la única cualidad que se le puede atribuir.

Max, con un brillo acerado en sus pupilas, replica:

—Era también leal con los amigos, capaz de arriesgar su propia vida para salvar la mía. Y me había dado su palabra de cambiar de actividades. Estaba dispuesto a corregirse. Incluso habíamos estudiado un pequeño negocio para que pudiera desenvolverse. Tenía muchas más cualidades de las que tú le concedes. Además, nunca creeré que cometiera ese crimen.

—Lo creyó el jurado, Max. No cabía duda alguna.

—Quiero hablar con él, Morton.

El teniente sacude la cabeza de un lado a otro.

—Mira, muchacho, yo...

—Vístete.

—¿Qué infiernos te propones?

—Iremos a tu oficina. Desde allí conseguiré la autorización.

—Estás loco, Max. El fiscal te mandará al infierno en cuanto abras la boca.

—El fiscal cerrará la suya. Andando, vístete.

Morton no parece muy dispuesto a obedecer. Es más, su rostro adquiere un tinte purpúreo que no preconiza nada bueno.

—No voy a arriesgar mi puesto sólo porque tú hayas llegado de Europa con un humor de perros. Dime primero lo que pretendes.

—¿Quién podría conceder la autorización para ver al reo?

Morton se rasca la nuca, alborotando un poco más todavía su cabello canoso.

—Bien, el gobernador tal vez. Pero no me digas que has cenado con él y que vas a sacarlo de la cama a las tres de la madrugada.

—Alguien le sacará. ¿Tienes el coche a mano?

—Seguro, ahí fuera, en una calle. ¿Por qué?

—Vístete —repite Max—, y déjame hablar por teléfono.

Morton acaba por encogerse de hombros.

—Muy bien, te seguiré el juego sólo para que no puedas echarme en cara que no he colaborado contigo en este asunto. Apuesto que lo presentarás como una situación humanitaria y todo eso... Ahí tienes el teléfono.

Max consulta la guía telefónica. Marca un número ante los ojos escépticos del policía.

Pero la expresión de éste cambia cuando oye sus palabras.

—¿Waldorf Astoria?... Quiero hablar con el senador Gribble... ¡Ya sé que son más de las tres de la madrugada! ¿Qué? Seguro que aceptará la llamada. Está esperándola con impaciencia. ¡Llámelo, maldito sea!

Morton apenas da crédito a lo que oye. Unos instantes después, la voz rotunda y cargada de urgencia de su amigo se eleva de nuevo.

—Habla Manning, senador... Lamento haberlo despertado... ¿No? Bien, comprendo... No se trata de eso. Necesito un favor, algo tan importante para mí que estoy dispuesto a considerarlo como pago de mis servicios en Europa...

Sigue hablando con tono apremiante. Morton comienza a darse cuenta de que, una vez más, aquel tipo hercúleo, de cabeza orgullosa y ética profesional inexistente va a salirse con la suya.

Pero vuelve a prestarle atención.

—¿Va a hablarle por teléfono, senador? Es cuanto le pido, señor. Insista para que me conceda ese privilegio... aunque sólo sean unos minutos... Iré yo mismo si usted le habla... Muchas gracias, señor... ¿Qué, Sylvia?...

Morton advierte cómo se pone rígido. Luego, su voz cambia, diríase que adquiriese matices más dulces, con una suavidad de la cual el policía no le creía capaz.

—Nena, quedamos que... Está bien, tu voz es una música para mí, pero ahora tengo algo muy importante que hacer. Sí, te hablaré por teléfono mañana para despedirme, corazón... ¿Que les has dicho qué...? Insinuado... Olvídalo. Yo me encargaré de eso si llega el momento. Buenas noches, amor...

Cuelga. Se queda unos segundos inmóvil.

Morton gruñe:

—¿Y ahora qué, Max?

—Vístete, no tengo tiempo de ir en busca de mi auto. Me llevarás en el tuyo a la residencia del gobernador.

—De modo que vas a intentarlo...

—Voy a conseguirlo.

—Sí, ahora empiezo a creer que te saldrás con la tuya. Espera un

minuto.

Son algo más de uno los que aguarda, fumando y pidiendo la estancia con sus pasos largos y nerviosos. Finalmente, Morton aparece, anudándose la corbata y con la chaqueta al brazo. Se ha colocado también el arnés que sujeta la funda axilar, de la que sobresale la curva culata de un revólver «Colt-Cobra», calibre «38».

—Vámonos.

—Conduciré yo.

—¡Madre mía! ¿Qué culpa tendré yo de...?

Conduce Max Manning.

Hay instantes que sólo a la suerte se debe el que no acaben estrellados contra una esquina, contra un farol o un poste de semáforo. El indicador no desciende de las ochenta millas.

Pero el detective sabe que va a conseguirlo. El senador le ha prometido insistir para que el gobernador le conceda una autorización...

Un permiso para visitar a un condenado a muerte cuyas horas transcurren atterradoramente rápidas, sin poder conciliar el sueño, viviendo cada uno de los minutos que le restan de vida, absorbiéndolos porque sabe que son los últimos de los cuales podrá disfrutar...

Pero tiembla en su estremecedora soledad, bajo la vigilancia de los guardianes.

—¿No duermes, Ballinger?

Levanta la cabeza. Ese quizá sea el guardián más amable de todos, el más humano también.

—No tengo sueño, Bill. Ya dormiré mañana... para siempre.

—Cálmate. Si pudieras descansar... ¿Quieres café?

—Gracias, Bill. No, ahora no.

El guardián regresa a su puesto, al lado de su compañero.

Y el condenado vuelve a quedar solo entre los barrotes.

Sólo en un mundo que pronto abandonará.

¿O tal vez no está tan sólo cómo piensa?

Se levanta de un salto cuando se abre aquella puerta del fondo, porque es la primera vez que, de noche, alguien más que los guardianes penetra en la extensa y silenciosa nave.

Entran dos hombres. Uno es el policía que ya conoce, el que le detuvo... Morton. Se portó bien después de todo. Es un buen

polizonte...

Pero ¿y el otro?

Siente que sus piernas flaquean. Un velo se extiende ante sus ojos.

El otro es un hombre de seis pies, con hombros de gigante, cuello recio y pelo revuelto. Un hércules de rostro contraído por la emoción, un rostro por lo regular duro y de mirar helado.

—¡Max!

No oye su propia voz.

—¡Sabía que no me abandonarías, Max!

—¡Frank, muchacho!

Los dos guardianes hablan brevemente con el alcaide. Los tres hombres y el teniente Morton se quedan rezagados. A través de las rejas, las manos de los dos amigos se encuentran.

—¡No podías fallarme! Dios santo... te juro que si hubiera sabido rezar le habría pedido al cielo que te trajera antes que me mataran...

—He llegado de Europa esta misma noche... no sabía nada de todo esto, Frank. ¿Qué demonios sucedió?

—Todo es un error... nunca maté a nadie... soy inocente, Max... ¡Inocente! Y no me creyeron... Nadie creyó en mí.

—Escúchame, Frank. Tenemos cinco minutos. Es todo lo que he podido conseguir después de movilizar a un senador y al gobernador del estado. Aprovecha ese tiempo para contarme las cosas a tu modo. Date prisa.

—¿Por qué? No hay nada que hacer...

—Tal vez pueda lograrse un aplazamiento... una revisión...

—Se intentó. Todo inútil. Dijeron que era el caso más claro de toda la historia criminal.

—¿Por qué?

—La pistola que mató a Gould era la mía, y en ella estaban mis huellas. Hacía dos días yo le había amenazado con esa misma pistola cuando él intentó quitarme a mi chica...

—¿A Lottie?

—Sí... Nos vieron, fue en el bar del Excelsior, ¿entiendes? En el proceso aparecieron una docena de testigos que declararon haberme visto cómo le amenazaba con aquella maldita pistola...

—Y todo eso era cierto, por supuesto.

—Sí.

—¿Quién era Gould?

—Francis Gould. Un recaudador de Rickers.

—¿*El rey del juego*?

—Sí. También declaró. Fue interrogado, pero no aportó nada nuevo. Aquella noche, como de costumbre, Gould había terminado su trabajo a las ocho.

—Sigue.

—No pude presentar una coartada. Estuve dando vueltas. Había tenido una disputa con Lottie y necesitaba pensar, pero luego entré en los billares de Jerry Buch y me quedé un rato. Al parecer, ningún conocido se fijó en mí. Yo...

—¿Qué, Frank?

El condenado a muerte trata de esbozar una sonrisa, pero no lo consigue. Sus nervios son cables de acero que le hacen daño. Está rígido.

—Fue la primera vez que confesé un robo voluntariamente, Max... y no me creyeron tampoco.

—¿De qué estás hablando?

—De los billares. Vi el despacho. Yo estaba en muy mala situación... ése había sido el motivo de mi disputa con Lottie, porque no encontraba trabajo... y tú estabas en alguna parte de Europa. Bueno, me llevé cuatrocientos dólares de un cajón.

—Espera un momento... ¿Robaste cuatrocientos dólares la noche del crimen?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No lo sé. No tengo la menor idea. Era muy tarde porque había estado dando vueltas antes de entrar allí.

—¿No fue interrogado el dueño de los billares, Frank?

—Por supuesto. Pero negó que le hubieran robado. No lo entiendo. Le quité cuatrocientos dólares. Él dijo que no sabía exactamente cuánto dinero guardaba en los cajones, pero que le parecía que no faltaba nada...

—Ya pensaré en todo esto. Sigue.

—Bueno, salió a relucir mi expediente, mis otros procesos. Luego; lo de mi pelea anterior con Gould cuando me dio una paliza... Era un tipo casi tan fuerte como tú, Max. Me sacudió.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho tiempo... quizá un año. Pero el fiscal lo tocó y supo sacarle el jugo. Cualquiera creería que tenía algo personal contra mí.

—Ya veo... Dijo que Gould te había vencido una vez, y que en esa segunda ofensa ya no quisiste pelear con él cara a cara y con las manos, sino que le pegaste un tiro...

—Dos. Por la espalda.

El alcaide se ha acercado sin que ninguno de ellos se haya dado cuenta.

—El tiempo se acaba, señor Manning...

—¡Un minuto, alcaide! —exclama—. Frank, has tenido tiempo sobrado de pensar en este tiempo que estás entre rejas. ¿Se te ha ocurrido algo que pudiera ayudarte ahora, algo que no saliera a relucir en el proceso?

—Nada. Hay veces que pienso si no lo maté yo en un ataque de amnesia o algo así.

—Frank...

—Max.

—¿Lo mataste tú?

—No, amigo. Te juro sobre todas las Biblias que quieras que no lo maté. Soy inocente, Max ¡Soy inocente!

El alcaide insiste de nuevo. Impaciente, el detective hace un gesto imperioso y se dirige de nuevo al reo.

—Por última vez, Frank... ¿Mataste a Gould?

—No.

—Está bien, te creo. Aunque no sé de qué pueda servirte mi fe en ti. No obstante, te creo.

—Sí sirve, Max... Ahora sé que ya no estoy solo como un perro. Oye... Tú tienes recursos, influencias. ¿Podrías estar aquí mañana al amanecer, cuando... cuando me saquen? Sería una gran ayuda para mí...

Max siente que algo se desmorona en su interior. La voz suplicante del condenado sacude todos sus nervios. Quisiera infundirle una esperanza, poder decirle que luchará para sacarlo de la jaula de la muerte..., pero sabe que eso es prácticamente imposible.

—Tal vez un aplazamiento...

Su voz le ha surgido como un rugido sordo. Frank sacude la cabeza.

—Sé que no lo lograrás. Ya lo intentó mi abogada y fracasó.

El alcaide toca a Max en el hombro. Éste se vuelve.

—De acuerdo, alcaide. Ya termino —se encara con su amigo por última vez—. Haré todo lo que esté en mi mano, Frank.

—Lo sé. Si no consigues asistir a la... ejecución busca al canalla que me cargó con el paquete y mátalos, Max.

Los ojos del reo relucen como si estuviera a punto de perder la razón. Por instantes su excitación crece.

—¿Qué dices?

—No te asombres... búscalos, y mátalos si puedes. Me ha sumido en un infierno... sea quien sea...

De nuevo el alcaide le recuerda que el tiempo se ha extinguido. Max contempla por última vez a su amigo y retrocede hacia la puerta.

—Hasta la vista, Frank...

—Adiós Max.

De nuevo queda solo. Quizá más solo que antes.

Pero ahora, dentro de la terrible desesperación que le consume, sabe que alguien piensa y cree en su inocencia.

Por un ventanuco de la sala empieza a clarear la aurora. La última aurora de su vida. La siguiente, cuando empiece a despuntar, ya sólo verá su cadáver chamuscado por las descargas de alta tensión...

Son las siete de la última mañana.

3

El apartamento, situado en la cumbre del «Imperial Building», es todo lo que un tahúr que ha alcanzado el cénit de sus ambiciones puede desear.

Espacioso, cubierto todo él por una alfombra blanca en la que se hunden los pies hasta el tobillo, y amueblado con las últimas exigencias de la moda, resulta un verdadero palacio ubicado en el corazón de Nueva York.

Jack Rickers, el «rey del juego», está orgulloso de la casa. Cada vez que sus ocupaciones se lo permiten se encierra entre aquellas paredes en compañía de algunos amigos y se siente poco menos que un rajá. O sale a la gran terraza y contempla la ciudad a sus pies. En estas ocasiones es como si realmente fuera el rey de todos aquellos millones de seres que se agitan y viven para proporcionarle sus astronómicas ganancias.

Acaba de levantarse. Rickers es un individuo redondo, como una bola. La grasa desborda por todos lados. Al andar se bambolea como si estuviera a punto de empezar a rodar por una pendiente. Envuelto en una chillona bata guateada, enciende el primer cigarrillo del día mientras piensa que es un tipo afortunado al que la suerte no ha dejado de sonreír desde hace muchos años.

Oye la llamada a la puerta. Frunce el entrecejo. Es demasiado temprano para que sea una visita de negocios. Apenas las nueve de la mañana...

Escucha los pasos de Slade, su guardaespaldas y hombre de confianza, al dirigirse éste hacia la entrada del apartamento. Rickers abre la cristalera que da paso a la terraza y deja que el suave airecillo de junio entre libremente a la estancia.

De nuevo, los pasos de Slade se oyen, acercándose. El voluminoso dueño del apartamento se vuelve, intrigado.

—¿Quién demonios ha llamado a estas horas, Slade?

Éste es un hombre cuyo tipo es semejante al de un gorila, incluso en la exagerada longitud de sus brazos. En contraste, su rostro apenas tienes rastros de pelo.

—Un individuo llamado Manning. Insiste en verle, patrón.

—¿Manning? No conozco a nadie llamado así... ¿O sí le conocemos, muchacho?

—Los periódicos han hablado de él muchas veces. Es detective privado... y de los mejores diría yo.

—¡Demonios! Max Manning... ¿Qué quiere?

Slade encoge sus grandes hombros.

—Insiste en decírselo solo a usted, patrón.

—Bueno, creo que es mejor que lo reciba, de lo contrario no nos lo quitaremos de encima en toda la mañana. Dile que pase.

Slade desaparece. El gordo busca asiento en una butaca que parece haber sido construida ex profeso para su tamaño. El cigarrillo le sabe a paja y lo aplasta en un cenicero.

Levanta la cabeza y sus tres papadas se estremecen con el movimiento. En su fuero interno se dice que no le gusta en absoluto el hombre que acaba de entrar. Un tipo hercúleo, de ojos grises cuya mirada produce escalofríos.

«Un cazador de hombres», dice para sí.

—Usted es Manning —masculla—. ¿Desde cuándo tiene algo que ver con mis asuntos?

—Eso lo veremos ahora mismo. Quiero hablarle de Francis Gould... O, mejor dicho, que usted me hable de él.

Rickers, si su tamaño se lo permitiera, daría un salto de sorpresa. Como es demasiado pesado se conforma con entrecerrar los ojillos y clavarlos en el visitante, cargados de sospecha.

—Espere un minuto. Max Manning... ahora recuerdo que Ballinger y usted...

—Eso es.

—¿Quiere decir que ahora se acuerda de investigar este asunto? Creo que ha tardado demasiado. Ballinger será metido en la cámara caliente al amanecer, ¿no lo sabía?

Manning avanza un par de pasos, hasta colocarse frente al gordo. Sus labios apretados apenas se mueven cuando advierte:

—Permítase otro sarcasmo a cuenta de Ballinger y le arrojaré por la terraza, Rickers... y no crea que su perro amaestrado podrá

impedirlo. Si ha oído hablar de mi sabrá a qué atenerse. ¿De qué conocía usted a Ballinger, antes del crimen?

—Frank Ballinger solía apostar a los «pencos»... cuando tenía dinero, por supuesto. Nunca ganaba...

—¿Apostaba en sus tugurios, Rickers?

—Algunas veces... Otras prefería la competencia. Ya sabe, jugaba con Cashern.

—David Cashern, ¿eh?

—Es un competidor, pero somos amigos. ¿A qué viene todo esto, Manning? Se probó sin lugar a dudas que Ballinger era el asesino... ¿Por qué remueve usted el asunto a estas alturas?

—Porque Ballinger es mi amigo. Y yo creo en él.

—¿Quiere decir que cree en su inocencia?

La voz del gordo se ha debilitado. Semeja el tono de una flauta rajada.

—Sé que es inocente, Rickers... Alguien preparó el escenario para cargarle con el mochuelo. Sea quien sea quien lo hizo, le ajustaré las cuentas.

—Está loco... el jurado ni siquiera vaciló al condenarlo.

—No es el primer error de esta clase que comete la justicia. Y ahora al grano, ¿cuándo vio a Ballinger últimamente, Rickers?

—Puede usted irse al mismísimo infierno, Manning. No tiene derecho a interrogarme. No me agrada que me hagan preguntas ni me gusta responderlas. No me importa nada de Ballinger. Era un cualquiera y para mí ha terminado... igual que si ya estuviera muerto.

El enorme puño de Manning se dispara y sus dedos de acero se cierran violentamente sobre la pechera de la bata. De un tirón levanta al enorme individuo como si fuera un pelele.

—¡Basta, Rickers! Alguien mató a Gould... alguien que sigue libre y riéndose de la policía. No permitiré que se ría de mí.

Unos pasos precipitados anuncian que el guardaespaldas se dispone a intervenir. Max suelta al gordo, que se desploma otra vez en el butacón, y gira como una centella.

Slade se detiene un instante. Duda entre atacar con las manos o utilizar la pistola, pero, están en el apartamento del patrón y los tiros acarrearían demasiadas complicaciones.

—Te la has buscado —masculla entre dientes.

Uno de sus largos brazos se distiende en un golpe demoledor. Max apenas puede esquivarlo, pero agarra el brazo, gira sobre sí mismo y, doblando un poco las rodillas, lanza al pistolero por encima de sus hombros hacia la terraza.

Slade aterriza de espaldas. Es un batacazo que estremece el suelo. Luego, se desliza vertiginosamente por encima de las brillantes baldosas hasta que su cabeza entra en contacto con la barandilla, donde resuena igual que una calabaza.

Queda inmóvil, gimiendo débilmente. Manning se encara con el gordo otra vez.

—Cuando despierte dígle que se largue. La próxima vez saltará por encima de la balaustrada. ¿Entendido?

—¿Qué cree que conseguirá con eso, Manning?

—Respuestas. No deja de sorprenderme su reticencia negándose a hablar de un asunto juzgado y sentenciado, el cual ya no se puede alterar. ¿Qué esconde en la manga, fullero?

—Mire, Manning...

—Respuestas —insiste el detective, amenazador—. Todo lo demás puede ahorrárselo. El tiempo apremia.

—No tengo nada que decir. Aunque quisiera no podría decirle nada que no saliera a relucir en el proceso...

—He examinado los legajos del juicio antes de venir aquí. Usted declaró que Gould le había hecho la liquidación aquella noche, a las ocho aproximadamente, y que ya no había vuelto a verlo. Pero usted siguió en su tugurio, en compañía de otros compinches. Luego se largó y nadie sabe a dónde fue. Usted no respondió a esa pregunta amparándose en la quinta enmienda.

—Estaba en mi derecho...

—Ese derecho no le vale conmigo, bastardo del demonio, porque le haré pedazos. Y voy a decirle algo más: Ballinger no mató a Gould y yo lo demostraré, aunque él haya sido ejecutado entretanto. ¿Comprende ahora por qué estoy dispuesto a arrancarle la piel si me obliga?

El gordo rostro se cubre de sudor. Desesperadamente, mira hacia su guardaespaldas, que comienza a rebullir en la terraza.

Max vuelve también la cabeza. Anda apresuradamente hacia el caído y le despoja de una automática que lleva en una funda axilar.

—Así habrá paz —gruñe, regresando al lado del tahúr—. Ahora,

Rickers, hable y aprisa.

—Le ajustaré las cuentas, Manning... tengo relaciones. Ya oirá hablar de mí.

—Seguro, y usted de mí antes de lo que imagina. Al grano.

Sus ojos despiden chispas de furor mal contenido. Por primera vez en su vida, el gordo comprende que está ante un hombre que le destrozará sin vacilar. Sabe que lo hará, porque ha oído contar muchas cosas de aquel gigante.

—Está bien, de momento, usted gana... Estuve reunido con Cashern.

Max se inclina hacia adelante, interesado.

—¿Con su competidor?

—Sí... teníamos un negocio entre manos, pero lo tratamos en secreto. Ya sabe cómo es la gente en nuestro ambiente. Las noticias vuelan, y por regla general amañadas para causar el mayor daño posible.

—Usted se separó de Gould a las ocho aproximadamente... ¿Ya no volvió a verlo? Y no me mienta, Rickers.

—¡Le juro que no lo vi más!

—¿Y a Ballinger?

Tras una ligera vacilación, el obeso tahúr abate la cabeza.

—Estuvo en la oficina. Quería hacer una apuesta, pero ya estaba cerrada la admisión para los «pencos». Salió y eso fue todo.

—¿A qué hora fue eso?

—Muy tarde... aquella noche cerramos poco más o menos a las nueve. Había las carreras nocturnas de California, ¿entiende?

—Ya veo... por lo cual, Ballinger acudió a su oficina más tarde de las nueve.

—Tal vez fueran las diez...

—Usted no declaró eso en el juicio, Rickers.

—Nadie me preguntó. ¿Qué me importaba a mí todo lo demás?

Max no puede contenerse. Su mano vuela en un revés que estalla en el rostro mofletudo del tahúr como si fuera un latigazo. La cabeza de Rickers se bambolea con violencia. Empieza a gemir lastimeramente.

—¡No tiene derecho a golpearme...! ¿Por qué no me deja en paz? No puedo hacer nada por usted... no sé nada...

—Es usted una babosa inmunda, Rickers. Si no tiene a sus

matones rodeándole empieza a gimotear, ¿eh? ¿Qué clase de tipo era Gould? Y deje de lamentarse porque puedo hacerle mucho más daño.

Slade, en la terraza, ha conseguido levantarse. Apoyado contra la balaustrada sacude la cabeza tratando de aclarársela. El gordo le mira con rencor por haberse dejado vencer.

—Era un buen elemento para mí... se encargaba de cobrar las apuestas en todo el sector... usted sabe cómo funciona este negocio.

—Lo sé, y todavía no he conocido a nadie decente que esté metido en él. Gould debía ser un bastardo de su misma talla, Rickers.

—Mire, no me venga con eso. Gould cobraba un porcentaje y a los dos nos iba bien.

—¿Era pendenciero, bravucón, le gustaba pelearse o algo así?

—¿A Gould? No... a menos que fuera necesario para convencer a alguien de la conveniencia de pagar. Pero no era un matón como Slade...

Éste, al oír su nombre, parece interesarse otra vez por los acontecimientos. Tambaleándose sobre sus inseguras piernas, entra en la estancia mirando al detective con ojos refulgentes de odio.

—Tranquilo, Slade —le recomienda éste—. No quieras que te haga más daño.

—Ajustaremos cuentas mucho antes de lo que cree...

Rickers, que se ha dado cuenta de que el detective está furioso y desesperado, opta por la paz.

—Déjanos solos, Slade... creo que Manning no volverá a mostrarse rudo... ¿No es cierto?

Max asiente con un gesto. Slade, refunfuñando por lo bajo, desaparece acariciándose el cráneo que ha estado a punto de romperse.

—De modo que Gould sacudió la badana a más de uno que se negaba a pagar las apuestas cursadas. ¿No es eso?

—Sí.

—Y alguno de éstos pudo sentir tentaciones de ajustarle las cuentas, por supuesto... Y no me diga que no lo ha pensado usted, Rickers.

—¿Por qué tenía que perder tiempo pensando en eso? El culpable fue detenido y sentenciado. ¿Usted cree realmente que

debía haberme preocupado?

—Entonces, empiece a preocuparse ahora, amigo, porque voy a causarle un montón de quebraderos de cabeza hasta que logre solucionar esto, babosa. ¿Quién era la amiga de Gould? Y no me salga ahora con que no lo sabe, o con que no tenía ninguna. No hay un solo bastardo de su calaña que no la tenga... les da «categoría» según su particular punto de vista...

—¿Qué demonios tiene que ver la muchacha con sus absurdas pretensiones?

—Eso lo sabré cuando la haya visto.

El gordo se rinde una vez más. En su fuero interno piensa que ya hará que alguien le ajuste las cuentas al entrometido, pero de momento no se hace ilusiones sobre sus probabilidades.

—*Okay*, como quiera. Se llama Jeannie, y vive en el Sea hotel. Tiene un apartamento allí.

—La veré, Rickers. ¿Quién ocupa ahora el puesto de Gould?

—Mire, Manning, no puede meterse en mis negocios. Una cosa es que trate de meter la nariz en un asunto enterrado, pero otra muy distinta que interfiera en...

—¿Quién, Rickers?

—Cannon, Bob Cannon.

—¿Quién es ése?

—Ya trabajaba para mí antes que Gould fuera asesinado. Era el encargado de recibir a los «corredores».

—Y, por lo tanto, de su confianza, ¿eh?

—Absoluta. Hace muchos años que está conmigo. Un buen chico.

—¿Gana más dinero ahora que antes?

—Naturalmente. El porcentaje...

—Entonces, también él tenía un buen motivo para liquidar a su antecesor...

—¡Maldita sea, Manning! ¿Qué trata de hacer, sacar catorce asesinos que hayan cometido el mismo crimen? A Gould lo mató Ballinger sin la menor duda...

—No lo mató. Y presumo que usted lo sabe muy bien. En fin, creo que ya he desperdiciado bastante tiempo con usted por el momento. Volveremos a vernos.

El gordo se endereza un poco. Ha recobrado parte de su sangre

fría y poco a poco va creciéndose de nuevo.

—Cuando trate de verme otra vez, Manning, le estaré esperando como se merece.

Hay hielo en su voz. Max sonríe de nuevo.

—Perderá usted, Rickers. Perderá siempre que se enfrente a mí porque yo utilizaré sus mismas bajas artes para luchar. No lo olvide.

Sin esperar respuesta, abandona la estancia y el tahúr queda solo. Reflexiona unos momentos. Ahora que ya no tiene la amenaza frente a sí puede razonar con más calma, con más claridad.

Al fin toma una determinación. Descuelga el teléfono, marca un número que sabe de memoria y, cuando le responden, gruñe:

—Aquí Rickers. Quiero hablar con Cashern... ¡Ahora mismo, estúpido!

Mientras aguarda, comienza a pensar que sólo faltan veinticuatro horas para que el condenado sea electrocutado.

Menos de veinticuatro horas, puntualiza para sí... Van a «freírlo» antes del próximo amanecer.

Entonces las preocupaciones habrán terminado.

Que, a fin de cuentas, es lo mismo que piensa el reo mientras se pasea nerviosamente por el reducido espacio de la jaula de la muerte.

A medida que las horas van cayendo en el pozo de tiempo siente que su escaso valor ante la próxima muerte se desmorona.

Una y otra vez se repite que no quiere morir... Tiene una vida joven por delante... quiere vivir. Vivir porque es inocente...

«INOCENTE».

¿De qué sirve serlo si el destino se complace en burlarse de él, empujándole inexorablemente a la muerte infamante de la silla eléctrica?

Pero, a partir de esta mañana ya no es sólo el destino quien mueve su futuro. Una voluntad de hierro se ha cruzado en su camino, la implacable voluntad de Max Manning.

Pero, entretanto, las horas le acercan a su fin.

Maude Veryan también posee un apartamento de lujo. Y unos muebles caros y una decoración que ha costado cinco mil dólares. Y abrigos de pieles, y vestidos salidos de los más caros modistos...

Además, Maude tiene un cutis fino como la seda, y un rostro de extraña perfección en el que brillan unos ojos de un extraño color violeta, de mirada provocativa.

Todo eso sobre una figura que alguien calificó una vez de sensacional. Altos y descarados senos que no necesitan artilugios, caderas con las medidas vitales para moverse con suave armonía, y unas piernas largas y finas que tiempo atrás sirvieron de modelo para anuncios de medias y ropa interior de fantasía.

En realidad, el apartamento y todo lo demás lo ha obtenido gracias precisamente a su perfección anatómica, porque David Cashern, como todo bandido que ha alcanzado lo que él llama «la cumbre», no puede pasar sin una muñeca de primera calidad con que presumir en los *cabarets* de lujo, encandilando a los papanatas que se mueren de envidia al verla de su brazo.

Maude sabe de sobra que su situación no es muy segura; quizá, ni siquiera duradera, pero no se hace ilusiones respecto al porvenir. Cuando Cashern se canse de ella ya tendrá sus reservas para los tiempos de las vacas flacas.

Claro que debe soportar a Cashern entretanto, pero los hay peores...

—Te he dicho una y mil veces que no puedo soportar los lloriqueos. Al demonio con lo que te gusta. Preocúpate de lo que me agrada «a mí» y te ahorrarás muchos disgustos.

La voz chillona de Cashern, a estas horas de la mañana, es destemplada y desagradable. La muchacha lo sabe. La ha escuchado muchas veces.

También él es desagradable, incluso con su esbelto cuerpo, ágil y

fuerte a pesar de sus cuarenta años. Pero la mirada despiadada y fría de sus ojos, y el rictus cruel de su boca, repelen, especialmente a una mujer que ya se ha cansado de él.

Maude no tiene tiempo de replicar, porque alguien golpea la puerta del apartamento con urgencia. Se dispone a abrir, pero él la detiene.

—Vete a la habitación. Apuesto que es ese detective de que me ha hablado Rickers por teléfono...

No se ha equivocado. Tan pronto abre la puerta, Max Manning queda enmarcado en el umbral, con su expresión torva, mirando al tahúr con ojos como dardos.

—Mi nombre es Manning —anuncia, entrando sin vacilar—. Quiero hablarle, Cashern.

—¿Max Manning?

—Seguro. Y no se tome la molestia de representar una comedia en mi obsequio. Su compinche debe haberle hablado de mí hace poco.

—¿Mi...?

—Su compinche: Rickers.

—¡Oh!

—Cierre la puerta. ¿Dónde está la chica?

—Mire, sabueso, éste es un domicilio privado. Deje en paz a la muchacha y abrevie. ¿Qué quiere?

Max mira a su alrededor. Tiene las manos hundidas en los bolsillos. Cashern observa al intruso con cierto respeto. Si la mitad de cosas que se cuentan de Manning son ciertas, sabe que deberá andar con pies de plomo.

—Cuando se canse de mirar quizá quiera soltar lo que le ha traído aquí y largarse. Estoy muy ocupado esta mañana.

—No lo está más que yo... ¿Recuerda a Gould?

—¿Francis Gould? Por supuesto. Era un recaudador de Rickers.

—¿Le ha dicho éste qué es lo que busco?

Apenas si titubea un segundo.

—He hablado con él hace quince minutos. Dice que usted cree que Ballinger no lo mató.

—No es que lo creo. Estoy seguro.

—Tonterías. Le pegó dos tiros porque no se atrevió a luchar con él a manos limpias. Gould ya le pegó una paliza en cierta ocasión.

—Mire, he leído todo esto en los legajos del proceso. No me sirve de nada. ¿Qué sucedió la noche que mataron a Gould?

—No me lo pregunte. Trabajaba con Rickers, no para mí.

—¿Dónde estuvo usted aquella noche, Cashern?

—¡Maldito sea! ¿Qué cree que es esto? Ni la policía se atrevió a interrogarme de esta forma...

—Yo no soy la policía, lo que no deja de ser una desgracia para un bastardo como usted. ¡Responda, Cashern!

—Maldito si lo hago.

Max hace un gesto de impaciencia. Su enorme manaza se cierra sobre las solapas del impecable traje del *gangster* y casi lo levanta del suelo, sacudiéndolo.

—Por lo visto todos los de su calaña necesitan cierta persuasión para colaborar... lo mismo que Rickers. ¿Dónde estuvo usted la noche que mataron a Gould?

—¡Suélteme!

Lo suelta. Pero dándole un empujón al mismo tiempo. Cashern sale dando trapiés hasta tropezar con una butaca, donde cae sentado igual que un fardo.

—¿Dónde?

La voz, cortante como el filo de una navaja, le produce escalofríos.

—Rickers vino a verme... estuvimos juntos...

—¿A qué hora?

—No lo sé. ¿Cree que miré el reloj? Vino tarde... quizá a las diez y media, no puedo precisarlo. Estuvimos reunidos más de tres horas, hablando de negocios.

—Muy conveniente para los dos, porque en ese tiempo fue asesinado Gould. Cualquiera creería que sabía que iban a matarlo...

—¿Está loco? Ballinger lo mató, por celos...

—Con un demonio por celos... Bien, dejemos eso. ¿Qué negocios tenían que tratar usted y Rickers para demorar tres horas su discusión?

—Maldito si le importa un bledo...

—Me interesan. ¿O quiere que empiece a dar a la publicidad algunas de las cosas que sé sobre sus negocios y su pasado, Cashern? Tengo un archivo estupendo referente a hijos de perra que se han encumbrado en esta ciudad.

—Eso sólo tiene un nombre, maldito fisgón...

—Ya lo sé.

—Chantajé.

—Seguro. Suena bien en estas circunstancias. Decídase.

Cashern trata de sostener su mirada en un mudo desafío, pero sabe de antemano que está vencido, aunque conserva la esperanza de vengarse a no tardar mucho... tiene medios para hacerle morder el polvo a semejante entrometido...

—Rickers y yo llegamos a un acuerdo para fusionar nuestras zonas de influencia. Unirlas, ¿entiende?

—Ya veo...

—Es la única manera de que no haya líos entre nuestros hombres. Además, el negocio da para los dos.

—Sí, yo diría que es lo bastante grande como para engordar a dos granujas como ustedes. ¿No hay ningún otro gerifalte disputándoles el terreno?

—Ninguno. Antes estaba Philip Crane, pero tuvo problemas con la policía y desapareció. Emprendió el vuelo...

—Fue una gran cosa para ustedes, ¿eh? Tengo entendido que Crane es un tipo muy bruto...

Cashern hace una mueca. Decir que Crane es un tipo muy bruto es quedarse corto.

—Realmente —murmura—, es una bestia salvaje. No tiene más argumentos que la fuerza... Quizá por eso se vio en dificultades y tuvo que «emigrar».

Max, a quien la urgencia del tiempo hace que cada minuto se le antoje tan breve como un soplo, intenta ver qué beneficio puede aportar para sus planes la conversación con el tahúr. Tiene que confesarse que no ha adelantado un paso todavía.

—Escúcheme, Cashern —masculla a regañadientes—. Todo lo que trato de hacer es demostrar la inocencia de Ballinger. Yo sé que es inocente, ¿entiende? Quiero meter en su cabeza que nada de lo que me diga a este respecto podrá perjudicarlo. Su nombre no aparecerá en ninguna parte. Si conoce algún hecho que pueda servir para mis fines, confíemelo. No tiene nada que temer... A menos, por supuesto, que usted interviniera en el crimen, en cuyo caso le destrozaré...

Cashern, azorado, apenas puede asimilar el cambio.

—Usted debe de estar loco, sabueso. Todo el mundo sabe que Ballinger mató a Gould... Está bien, está bien —se apresura a añadir al ver el gesto amenazador del detective—, usted está convencido de lo contrario Conforme. Pero yo no sé nada que pueda ayudarlo.

—De acuerdo. Pero pida al cielo que no me haya mentido usted, porque lo sabré. Y en ese caso su pellejo no valdrá un centavo.

—Creo que es mejor que se preocupe de «su» pellejo, Manning, porque opino que lo está arriesgando.

Max le mira larga y fijamente. Una lenta sonrisa asoma a sus labios al mismo tiempo que sus facciones se tensan violentamente.

—Recordaré que me ha amenazado, Cashern. Cuídese...

Gira sobre los talones y se dispone a salir. En aquel instante descubre a la muchacha en el umbral de la habitación. Se detiene. Enarca las cejas. Es una mujer muy hermosa. Demasiado hermosa para pertenecer un tipo como el pistolero.

Durante un largo momento, sus miradas se encuentran. Max cree ver un extraño sentimiento en aquellos ojos tan bellos. Algo como una súplica, un ansia retenida. Tal vez, si pudiera verla a solas...

—Lárguese, sabueso.

Cashern está nervioso.

—No la merece, tahúr —comenta Manning con ironía—. Es demasiado bonita para un tipo sucio como usted. ¿Cómo se llama, linda?

—Maude... Veryan.

—Maude. Un bello nombre. ¿Quiere un consejo?

Cashern pega un respingo.

—¡Largo, Manning! Nadie quiere sus consejos. ¿Entiende? ¡Fuera de aquí!

Como si no le hubiera oído, Max añade, siempre dirigiéndose a la muchacha:

—Mándelo al infierno y márchese de aquí. Viva su vida lejos de ese puerco, porque si sigue con él, cuando Cashern se hunda, la arrastrará en su caída... Recuérdelo.

—¿De qué infiernos está hablando? —gritó el aludido, excitado hasta el paroxismo.

Pero el detective ya ha cerrado la puerta a sus espaldas, dejándole que se debata en la incertidumbre.

En una duda semejante a la del condenado a muerte, aunque la

de éste, metido en la última morada que ocupará en vida, va estancándose ya como si en su mente se hubiese abierto una sima sin fondo, en la que ya no se pudiera ver nada más que el vacío que precede a la muerte...

Y las horas pasan raudas para Frank Ballinger, agarrado a los sólidos barrotes como una fiera enjaulada carente de libertad...

Jeannie es una muchacha de la que puede decirse que no ha tenido suerte en la vida. Bonita, con un cuerpo bien formado, en el cual cada curva ocupa el lugar adecuado, tal vez más rotundas de lo que marcan los cánones, pero por eso mismo, como atraída por un imán, nunca pudo salir del medio ambiente en que vivió desde que tuvo uso de razón.

Al principio creyó que todo se reducía a cerrar los ojos y prosperar. Esa despreocupación equivalía a soportar las más bajas apetencias del sexo opuesto a cambio de una minúscula parte de ese bienestar que ella se había fijado como meta.

No consiguió el bienestar ambicionado, aunque cuánto conoció a Francis Gould creyó haberlo logrado. Pronto se convenció de que Gould era un bruto cuya única ventaja era que le ofrecía un poco de seguridad.

Ahora, muerto Gould, todavía no se ha decidido a reanudar su antigua vida. Siente algo inexplicable que la atenaza... le gustaría poder emprender un camino distinto, una vida más honesta en la que pudiera sentirse limpia y libre...

Pero sabe que acabará inexorablemente saltando de taburete en taburete de los bares del barrio, bebiendo más de la cuenta para ahogar lo poco que de bueno queda todavía en su interior, trasnochando y soportando una y otra vez la paulatina degradación.

Y si ha de decidirse no puede esperar mucho, porque ya debe dos semanas de alquiler del apartamento. Debe tomar una determinación sin duda alguna.

Cuando llaman a la puerta casi se sorprende. Hace tanto tiempo que nadie, a excepción del personal del hotel, entra en el apartamento...

Abre la puerta y queda agradablemente sorprendida al ver al fornido desconocido que la mira con unos ojos grises, acerados, que

le producen un cálido cosquilleo en la piel.

—Entre.

Max Manning pasa por su lado aspirando el suave perfume que se desprende de su cuerpo.

—Me llamo Manning. ¿Le importaría hablarme de Gould?

—Creí que eso había terminado. ¿No es esta noche cuando van a «tostar» al que lo mató?

—Sí.

—¿Entonces...?

—No hay tiempo para explicaciones, Jeannie. Todo lo que puedo decirle es que detrás de la muerte de mi amigo hay algo más que unos celos desatados. Algo mucho más importante.

—No le comprendo, amigo. Hablé con la policía, me interrogaron como si creyeran que era yo quien había matado a Francis. Luego, el fiscal me tomó por su cuenta y casi me volvió loca. Y el abogado defensor...

—Pero no llegó a declarar en el proceso. ¿Por qué?

—El fiscal dijo que no era preciso mi testimonio. No sabía nada que pudiera aportar alguna novedad a lo que ya sabían.

—¿Estuvo con usted aquella noche, la que lo mataron?

—¿Francis? No... Había estado aquí la noche anterior. Fue la última vez que lo vi.

—¿Notó que estuviera preocupado, o nervioso? Tal vez asustado...

—En absoluto... Oiga, ¿quién es usted en realidad?

—Max Manning.

—Ése es su nombre. Muy bien; ahora dígame «qué» es...

—Detective. Privado, para ser exacto.

Ella no puede contener un gesto de sorpresa. Se sienta ante él, súbitamente alerta.

—Siéntese... eso es interesante.

Max obedece. Desde la nueva postura puede admirar una extensión de anatomía femenina reñida con todas las normas de la moral establecida. No cabe duda que Jeannie tiene suficientes encantos para hacer que sus ideas se confundan si no anda listo.

—De modo que no sospechaba que alguien quisiera matarlo... ¿No le dijo nada al respecto, ni hizo ningún comentario que le diera a entender que se sentía amenazado?

—No recuerdo nada de eso. Francis estaba muy satisfecho de sí mismo, sobre todo los últimos días.

—¿Por qué esos últimos de su vida precisamente?

—No lo sé. Me dijo que al fin se había presentado la oportunidad de su vida y que iba aprovecharla. Después me prometió que nos iríamos a Miami todo un mes... unas vacaciones, ¿entiende? Estaba entusiasmado.

—Más despacio, ¿quiere? Según usted, parece como si hubiera entrado en posesión de una fortuna repentinamente...

—No la tenía todavía, pero cuando le pregunté dijo que cobraría una montaña de dólares. Más o menos ésas fueron sus palabras.

—¿De dónde iba a obtener ese dinero?

—No llegó a decírmelo. Al tocar este punto se volvía reticente y desconfiado.

—Ya veo... ¿Declaró eso en los interrogatorios?

—El fiscal me preguntó poco más o menos lo mismo que usted, pero no dio mucha importancia a mi declaración.

—No, eso puedo comprenderlo perfectamente. Él tenía un caso tan claro que cualquier cosa que pudiera servir para enturbiarlo le daba pánico. Era tan fácil obtener un veredicto de culpabilidad que ni se molestó en presentarla a usted.

—¿Quiere decirme qué pretende usted, desempolvando todo esto precisamente hoy?

—Si te lo dijera no lo creerías. ¿Hay algo más que recuerdes de esos últimos días de Gould?

—Nada más. No creo que durante ellos me hablase de otra cosa que del dinero que iba a poseer.

—¿Te habló alguna vez de Frank Ballinger?

—¿Del hombre que lo mató?

Max hace un gesto de impaciencia. No quiere repetir una vez más la historia de la inocencia de Ballinger y prefiere asentir sin palabras.

Ella añade:

—Bueno, me habló de él cuando Ballinger le amenazó. Vino hecho una furia... jurando y maldiciendo que iba a aplastar a Frank cuando pudiera pillarlo sin su maldita pistola. Eso dijo.

Max se siente descorazonado. Eso no le ayuda en absoluto, todo lo contrario.

Finalmente, saca una tarjeta profesional y anota en ella el teléfono de su apartamento, que no figura en la guía.

—Te dejaré esta tarjeta. Si recuerdas cualquier dato me llamas. Te anoto el número privado por si no me encuentras en la oficina. Si yo no estoy en ninguno de los teléfonos, alguien tomará el recado en el segundo.

—Es inútil... no hay nada más que pueda decirle.

—Guárdala de todos modos. Y gracias por haber sido amable conmigo.

—Me gustaría seguir siéndolo...

Pero se queda sola. Es algo a lo que ya empieza a estar acostumbrada.

En la acera, Max se detiene para encender un cigarrillo y poner en orden los escasos datos que posee. Todavía no puede discernir cuáles son importantes y cuáles no, pero por lo menos tiene algo en qué pensar.

Cuando toma un taxi advierte lo cansado que está. El sueño amenaza con vencerle. Todo ha sido tan precipitado desde su llegada...

Se hace conducir a su apartamento. Piensa que se cambiará de ropas después de una buena ducha para despejarse. Quizá una buena cantidad de café le ayude a seguir despierto durante las horas que faltan...

Unas horas casi tan cortas para él como para el condenado.

¿Qué debe estar pensando, viendo acercarse el instante supremo, sabiendo que van a ajusticiarle siendo inocente?

Sin duda, una desesperación que crece por instantes, a medida que avanza el día. Un cúmulo de terrores infinitos incapaces de ser comprendidos por quien no se halle en su situación.

Max se encierra en su apartamento, empieza a desvestirse.

Entonces recuerda a Sylvia. Siente un estremecimiento.

Descuelga el teléfono y la llama al hotel. Mas, la voz impersonal, indiferente, del empleado, le notifica que Sylvia Gribble no se encuentra en el hotel y que no saben cuándo regresará.

Cuando cuelga el auricular lo hace casi con alivio...

Acaba de ducharse y el aroma del café flota en todo el apartamento. Vestido con los pantalones, sintiéndose un poco más ligero aunque soñoliento, llena un gran tazón de café. Empieza a beberlo solo.

Justo en aquel instante llaman a la puerta. Con un gruñido de disgusto, deja la taza y se encamina a la entrada.

Se queda sin respiración al abrir, porque Sylvia se cuelga en el interior tan apresuradamente como si temiera que él fuera a darle con la puerta en las narices.

—¡Niña! ¿Qué haces aquí?

—Max... he tratado de hablar contigo por teléfono. Nadie ha contestado.

—Lógico. No había nadie aquí. Yo también he llamado al Waldorf. Pero eso no aclara tu presencia en esta leonera.

—¿No me besas?

—Me has pillado de sorpresa.

Por unos instantes quedan inmóviles. La muchacha viste un traje sastre gris perla, sumamente ajustado, y una blusa tan fina que no queda muy claro si realmente la prenda está allí, velando apenas la nube de encajes que moldea seductoramente su firme busto.

Confusamente, Max piensa que no puede perder ni un minuto. El tiempo es tan importante que se le antoja un crimen desperdiciarlo.

Aunque, después de todo, un beso... eso no lleva mucho tiempo.

La sujeta por los codos y las atrae sobre su pecho. Como siempre que siente aquellos labios en los suyos nota que una corriente de fuego se desliza por sus venas. Las sienes laten con más violencia...

Hay en su boca una ternura que es un anticipo, o un comienzo de algo que puede suceder en cualquier instante. Una pasión que da y exige con la misma ansiedad.

Al separar la cara, surge una súbita avidez en sus ojos, un ardor

en su expresión que hace florecer su boca en una nueva plenitud. Y de nuevo se besan con un beso tierno y suave, pero lleno de una furia latente a duras penas contenida...

Max siente las uñas de la muchacha hincarse en su espalda. Sus poderosos músculos se contraen, pero no puede separar los labios del cepo en que han caído... tal vez tampoco desea hacerlo porque el huracán en que se han convertido sus sentimientos amenaza con arrollarle, arrebatándole la voluntad.

Son caricias apenas contenidas, que les llevan paso a paso al abismo de amor que ambos ansían...

Hasta que Max reacciona. Es el recuerdo del tiempo que se extingue inexorable lo que le permite desprenderse de aquellas manos que le enloquecen, y apartarse del cuerpo prieto que late junto al suyo.

—No debiste venir aquí —logra murmurar, con una voz que no reconoce como suya.

—¿Por qué no? Max, mañana estaremos en Washington...

—Mañana...

Mañana, Frank estará muerto.

—He pensado mucho en nosotros, amor... No resistiré dos meses sin verte. No quiero desperdiciar todo ese tiempo. Es nuestra vida, Max...

—Sí...

También es la vida de Frank, y está acabándose.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo algo muy importante que hacer, cariño... algo que debe ser hecho hoy o ya será demasiado tarde.

—¿Está relacionado con lo que le pediste a papá?

—Sí.

—Yo... yo había pensado que podríamos pasar el día juntos...

—Imposible.

—¿Y esta noche?

—No, cariño.

Ella baja la cabeza. No puede comprenderlo. Quizá porque es la primera vez que no consigue algo que quiere realmente. También es la primera vez que lo que ansía con todas las fuerzas de su corazón es un hombre, porque nunca antes había amado...

—¿Cuándo, Max?

—Sigo creyendo que lo mejor es aguardar esos dos meses. Será una prueba infalible que...

—No, Max, por favor. Sé cuánto te amo, no necesito prueba alguna. ¿Por qué no eres sincero y confiesas que tú tampoco podrás soportar esos dos meses perdidos, sin verme?

—Mira, estoy seguro que tienes razón. Sé que si estás lejos será un infierno para mí. Pero hoy es imposible... ni esta noche, Sylvia.

—Entonces, prométeme que vendrás a Washington tan pronto termines eso tan importante que estás haciendo.

En esos momentos, Max habría prometido cualquier cosa.

—Iré a Washington, cariño, pero ahora vuelve al hotel. Sería fatal que tus padres armasen un escándalo precisamente en estos momentos.

—¿Olvidas que soy mayor de edad, tonto?

No puede contener un gesto de impaciencia. Ella no lo advierte y de nuevo le echa los brazos al cuello. Le gusta sentir contra su cuerpo la dureza de los músculos del hombre. Es como si se sintiera más segura.

—¿Quieres que me vaya ahora, Max?

—Debes irte. Cada minuto que pierdo...

—¿A qué llamas tú perderlos?

De nuevo el tiempo se detiene. Max lucha contra sus propios sentimientos cuando siente en sus manos la suavidad del cuerpo que se entrega a sus caricias, mientras los labios arden en una llamarada que es preciso extinguir antes que le devore por entero.

Lo consigue. Él sabe a costa de qué esfuerzos, pero lo logra.

—Vete, amor.

Ella sonríe.

—Tienes miedo de mí —susurra.

—Tengo miedo de mí mismo. Debes irte ahora.

—Una vez más, tú ganas. No creo que la próxima lo consigas. Te venceré...

—Y yo desearé ser vencido, pero no hoy, ni esta noche. Vete.

Ella no pronuncia una palabra cuando abre la puerta. Al cerrarse, él permanece unos instantes inmóvil, sumido en el hechizo en que le han envuelto los besos y las caricias de la mujer que se ha apoderado de su alma por entero.

Cuando reacciona lo hace con cierta violencia, como si así

quisiera librarse de la sensación de derrota que siente.

Acaba de anudarse la corbata cuando el teléfono deja oír su voz ronca. Lo toma de un manotazo.

—¡Hable!

—¿Max Manning?

Es una voz cargada de tensión, de miedo tal vez.

—Sí... ¿Jeannie?

—¡Por favor, venga...!

La voz se extingue.

—¡Jeannie! ¿Qué sucede?

—¡Dios santo, socorro, Max...!

Suena un terrible golpe. El auricular golpea en alguna superficie dura y el estrépito repercute en su oído dolorosamente. Siente un frío de muerte apoderarse de sus nervios.

Suelta el teléfono. Coge la chaqueta de un manotazo y echa a correr escaleras abajo arriesgándose a romperse el cuello al saltar los peldaños de cuatro en cuatro.

Desesperado, ve que no aparece ningún taxi. Sigue corriendo por la acera atrayendo sobre sí la atención de la gente.

En la esquina está la entrada al garaje subterráneo perteneciente al edificio donde tiene el apartamento. Allí está su coche desde hace meses.

Desciende la rampa como si tratara de ganar una carrera. El encargado del garaje da un salto al verlo aparecer como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

—¡Señor Manning! ¿Qué pasa?

—¡El coche!

—Bueno, lo tiene dispuesto. Lo he mantenido todo este tiempo en perfectas condiciones y...

Ya no le escucha. Ha saltado al asiento del «Cadillac» descapotable. Las llaves están en el contacto. El motor, dando la razón al encargado, responde a la primera.

—¡Le veré más tarde! —grita al ponerlo en marcha.

Suelta el embrague. El poderoso motor de doce cilindros lanza un rugido y el auto da un salto hacia adelante. Cambia de marcha al iniciar la subida a la rampa, de modo que la sube a una velocidad escalofriante, con las ruedas chillando en las cerradas curvas de cemento.

Desemboca en la calle a la misma velocidad. Tiene que esquivar a una mujer cargada de paquetes. Éstos vuelan en todas direcciones y la dama queda chillando en medio de la acera.

Un autobús pasa ante él en el instante que gira el volante para enfilar la calle. Tiene tiempo de ver la cara descompuesta del conductor del vehículo. Luego, con un tremendo chirrido de los neumáticos, lo deja atrás y hunde el pedal del acelerador hasta el fondo.

Es un recorrido de pesadilla en el cual sabe que se ganará una sucesión de multas, porque todos los guardias del tráfico que deja atrás se quedan gesticulando y buscando el lápiz y el talonario de citaciones.

Pero cuando detiene el auto ante el Sea Hotel está seguro de que, a pesar de todo esto, ha llegado tarde. En su mente sigue resonando la desesperada urgencia de la voz, y el golpe subsiguiente...

Entra como una tromba. El encargado del ascensor trata de cerrarle el paso y se ve lanzado a un lado como empujado por un huracán. Cuando consigue recobrar el equilibrio, el ascensor está subiendo rápidamente y nada puede detenerlo.

Max abandona el aparato de un salto. El pasillo está desierto. Una puerta, al fondo, abierta.

La puerta del apartamento de Jeannie.

Corre hacia él olvidado del peligro que puede correr. Ni siquiera piensa en que no ha recogido el revólver y está desarmado...

Al entrar advierte las huellas de una violenta lucha. Una figura de metal que servía de adorno en un estante está derribada sobre la alfombra. Un gran jarrón, que recuerda haber visto sobre una mesa, ha quedado convertido en añicos, aplastado por un duro golpe.

También ha sido duro el golpe que ha hundido el cráneo de la muchacha. Está caída junto a la mesita del teléfono. La sangre rodea ya su cabeza. El teléfono se balancea, colgando al extremo del cable. El asesino no se ha molestado en colgarlo.

Siente una viva sensación de vacío en el estómago. Jeannie ha sido asesinada cuando trataba de comunicarse con él... ¿Por quién?

Nota que alguien se ha detenido en la entrada. Se vuelve. El encargado del ascensor mira la escena con ojos desorbitados de terror. Max retrocede, ordenando:

—Baje y llame a la policía. Pregunte por el teniente Morton, de Homicidios. ¡Dese prisa!

Cierra la puerta. Un apresurado recorrido del apartamento le revela que el asesino ha escapado mucho antes. Un crimen estúpido, inútil, puesto que Jeannie ya había hablado con él.

Pero eso revela que lo poco que le dijo es valioso...

Si pudiera saber el exacto valor que tiene quizá pudiera abrigar alguna esperanza..., entretanto, debe desecharlas contra su voluntad.

Como las ha desechado también el reo. Porque Frank Ballinger no alberga esperanza alguna a pesar de contar con Manning, y todo lo que éste podrá hacer por él será asistir a la ejecución para que no se sienta tan desamparado en aquellos terribles momentos.

O quizá pueda descubrir al criminal y vengarle. Max lo hará...

Pero ya será demasiado tarde porque él no podrá verlo.

El teniente Morton espera a que se hayan llevado el cadáver antes de enfrentarse con Max, mientras sus hombres prosiguen su tarea por todo el apartamento.

—Debí suponer que si empezabas a revolver la ciudad aparecería algún fiambre en tu camino —su voz revela cansancio, o quizá fastidio.

—Y ahora, ¿empiezas a creer que Frank es inocente?

—Nada ha cambiado legalmente, Max, compréndelo. Esa chica puede haber sido asesinada por un centenar de motivos distintos.

—No lo creo. He hablado con ella poco antes de que fuera muerta. Y cuando se ha visto en peligro sólo se le ha ocurrido llamarme a mí... ¿No lo ves todavía? Ha sido una asociación de ideas. El peligro que se le ha aparecido de repente estaba relacionado con el asesinato de Gould, y yo había estado haciéndole preguntas sobre este asunto. Por lo tanto, ha corrido al teléfono para que acudiera en su ayuda...

—No cabe duda que ha habido dos golpes, uno con el jarrón hecho añicos...

—Que debe haber recibido el criminal, quedando aturdido. Ella ha creído que tenía tiempo de telefonearme, pero él ha recobrado las fuerzas antes de lo que la muchacha esperaba y la ha matado...

—Utilizando para ello la figurita de bronce. No ha necesitado más de un golpe para hundirle la cabeza...

—Con lo cual, el asesino pensaba cerrarle la boca, sin saber que ya había hablado conmigo. Y dicho sea de paso, Morton, no veo que lo que me ha dicho sea tan importante.

—Quizá sabía algo más de lo que ni siquiera te ha hablado.

—Lo dudo. Estoy seguro que el asesino quería impedir que ella hablase conmigo de la súbita fortuna que Francis Gould pensaba embolsarse cuando lo mataron. ¡Cristo!

El teniente pega un respingo. Antes que pueda efectuar una sola pregunta el detective exclama:

—¿Cómo ha sabido el asesino que yo vendría a hablar con la muchacha?

—No ha podido saberlo porque todavía no se ha inventado la manera de leer los pensamientos a distancia. Y eso viene en favor de mi teoría, o sea que la han matado por otros motivos. Esas fulanas se meten en un lío tras otro.

—No estoy conforme, Morton..., es el mismo asesino. De algún modo se ha enterado que yo revolvía de nuevo el asunto y ha decidido cerrar esa boca, porque ha temido que me diera una pista. Tiene miedo, Morton, y eso ya es algo.

—Eso es menos que nada. La sentencia fue confirmada por el Supremo. No vas a revocarla con esos datos sin fundamento. Ojalá te dieras cuenta de lo que arriesgas, muchacho. El fiscal llenó páginas enteras de los diarios con declaraciones respecto a este caso, demostrando lo listo que es al conseguir que los asesinos sean condenados. Fue con vistas a la próxima campaña electoral, pero lo hizo.

—Al demonio con él.

—Nada de «al demonio con él». Tan pronto huela que tratas de demostrar la inocencia de un condenado a muerte saltará hasta las nubes. No permitirá que le pongas en ridículo, porque es tanto como echarlo a puntapiés del cargo de D.A. Tu licencia no valdrá un centavo en cuanto él empiece a moverse.

Max se yergue poco a poco. Sus ojos acerados semejan furiosas chispas de luz.

—Yo mismo haría pedazos mi licencia, Morton, si con ello lograba demostrar la inocencia de Frank. Pero no te queda duda que lo conseguiré..., aunque quizá entonces ya sea demasiado tarde. Pero ten por seguro que si electrocutan a Frank Ballinger, cuando yo encuentre al verdadero asesino, toda la Prensa del país aullará pidiendo más de una cabeza. Hundiré el prestigio de la Justicia de Nueva York hasta el fondo del infierno. Puedes decírselo así al fiscal cuando lo veas.

—No será necesario que se lo diga yo. Se enterará por sus propios medios —refunfuña el policía, sombrío.

—Olvídate del fiscal por el momento. Daría la mano derecha por

saber cómo ha averiguado el asesino que yo me he metido en esto... A menos, claro está, que Rickers y Cashern estén detrás del crimen... Es a ellos a quienes he interrogado al respecto...

—No conseguirás nada por ese lado. Esa pareja está a cubierto. Ya sabes, «valedores», influencias y picapleitos caros.

—Y que eso tenga que reconocerlo un oficial de policía...

El sarcasmo no hace mella en Morton, quien replica:

—¿Qué quieres? Yo no he hecho las leyes, ni he montado nuestro tinglado político. En nuestro país se puede asesinar a cualquiera, y el autor quedar fuera de juego, pero no se puede molestar a un tahúr porque tiene amistades políticas y una coraza que se llama *Quinta Enmienda de la Constitución*. Por lo demás, tú ya sabe todo esto.

—Lo sé. ¿Qué vas a hacer con este caso?

—Iniciar la investigación por los canales de rutina. No puedo presentarlo como una secuela de otro anterior, porque no hay nada que me permita probarlo.

—Ya veo...

—Escúchame, Max... Hazme caso; suelta esto como si fuera un hierro al rojo. No podrás hacer nada por Ballinger y te hundirás tú. ¿Te das cuenta que está terminando el día? Ya sólo queda esta noche y todo habrá terminado.

—Para Frank, sí; pero no para mí. Yo seguiré adelante aunque él esté muerto.

Morton se encoge de hombros. Sabe que es inútil argumentar contra el obstinado detective privado.

—*Okay*, adelante —refunfuña—. Estréllate. Cuando te quedes sin licencia quizá encuentres trabajo como descargador del muelle o algo así. Y ahora, ¿quieres largarte y dejarme acabar esto en paz?

—Ya nos veremos, Morton...

—Sí, de eso estoy más que seguro.

Max Manning vuelve a la calle. Está furioso y lucha contra ese sentimiento porque sabe que puede enturbiar su buen criterio y entorpecer la investigación.

Pera el teniente tiene razón... El día termina.

El último día del condenado a muerte. Ya no verá ninguno más.

Para él, para Frank Ballinger, el tiempo se extingue los minutos se suceden con terrible rapidez, igual que gotas de agua cayendo de

una fuente que se agota.

Cada minuto le acerca a la muerte tan fatalmente como el imán atrae al hierro.

Desde que han cambiado el turno de guardia se siente más solo.

Echa de menos a Bill, el único guardián que con su humanidad le hace más llevadero ese final implacable que se le echa encima...

Detiene el coche frente al salón de billares. Es noche cerrada.

La última noche.

El interior del local está lleno de humo y de voces agudas que discuten en todos los tonos. Al fondo, detrás de donde se alinean las mesas de billar, hay otro salón más pequeño. Max entra en él con el ceño fruncido, sin poder dominar por completo el nerviosismo que va creciendo en su interior a medida que se agota el tiempo.

En el saloncito no hay más que un hombre fornido, sentado ante una mesa, repasando una larga columna de números. Es joven y de rostro correcto. Tiene ojos inteligentes, que se clavan en el visitante con una muda interrogación.

—Quiero ver a Rickers —gruñe Max—. Sé que está ahí detrás, en la oficina.

—Entonces sabe usted más que la mayoría. ¿Cuál es su nombre?

—Max Manning.

—Hombre, el sabueso.

Hay una súbita rigidez en el hombre. Sonríe con evidente sorna.

Max le examina con redoblado interés.

—Usted debe de ser Bob Cannon —dice, inclinándose sobre la mesa.

—¿Ha oído hablar de mí?

—A su patrón le encanta hablar. Me dijo que era usted el sustituto de Gould.

—Así es. Alguien tenía que ocupar su puesto.

—¿Qué tal muchacho era?

—¿Gould? Bueno..., para los que le conocíamos ere una excelente persona. Estaba siempre dispuesto a echarle una mano a cualquiera que estuviera en un apuro.

—Tengo entendido que tenía un carácter violento, ¿eh?

—Bien, solía enfurecerse con facilidad, pero se le pasaba con

igual ligereza.

—¿Eran ustedes buenos amigos?

—Puede decirlo bien alto. Hacía muchos años que trabajábamos juntos.

—¿En esto de las apuestas?

—Sí, aunque nos conocíamos de mucho antes.

—¿Lo vio usted la noche que murió?

Tras un ligero titubeo, Cannon asiente con un gesto.

—Lo vi unos instantes, cuando vino a liquidar. Hacía pocos minutos que se habían cerrado las admisiones. Pasamos cuentas y él se marchó. Ésta fue la última vez que lo vi.

—Comprendo.

—Oiga, Manning, ¿a qué viene todo esto? El patrón está más nervioso que una *vedette* en noche de estreno. No cesa de celebrar conferencias telefónicas y nos pone frenéticos a todos. ¿Qué demonios está sucediendo?

—Quizá sea que le estoy pisando el rabo a alguien...

—¿Sí?

—Es una manera como otra de expresarlo. A propósito. ¿Conoció también a Frank Ballinger?

—Efectivamente, pero no con intimidad. No existió ninguna amistad entre nosotros. Solía apostar a menudo. Se entendía conmigo, porque entonces yo estaba a cargo de la recepción.

—Ya veo... ¿También lo vio la noche que murió Gould?

Cannon arruga el entrecejo en un esfuerzo por recordar.

—Creo que vino a cursar una apuesta, pero ya era demasiado tarde. Sí, eso es; aunque no puedo estar seguro porque durante media hora Rickers se encargó personalmente de mi puesto. ¿Tiene eso alguna importancia en realidad? A Ballinger van a «freírlo» esta noche...

—Eso es lo malo... que ésta es su última noche. ¿Está Rickers ahí o no?

—Seguro, pero no creo que se alegre de su visita, Manning.

—Al diablo con eso.

Echa a andar hacia una puerta interior. La abre sin llamar y se cuela en el interior de una oficina cuyo lujo le deja sin aliento.

Al compararla con el salón de billares y el bar, Max ha de reconocer que es como comparar una choza con el Capitolio.

Detrás de una gran mesa de despacho está sentado el obeso rey de las apuestas. Sobre la superficie brillante de la mesa se alinean siete teléfonos y un interfono. En un rincón de la oficina tabletea un teletipo cuya blanca cinta de papel se amontona a un lado.

El gordo ha dado un respingo ante la intrusión del detective.

—¿No le han enseñado a llamar a las puertas, Manning?

Este sigue examinando el despacho. Hay un enorme aparato de televisión encajado en una librería. En otra pared, un gigantesco tablero de apuestas permite controlar la marcha de las carreras de todo el país, así como las alzas y bajas de lo apostado en cada caso concreto.

—Toda una instalación, Rickers —comenta, acercándose a la mesa.

—Le advertí, sabueso. Aquí con sólo pulsar un botón habrá seis tipos dispuestos a arrojarlo a la alcantarilla.

—Tal vez, pero no creo que le convenga a usted eso.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón de que se quedaría sin oír lo que he venido a contarle. Y le aseguro que es interesante.

Rickers esboza un gesto de fastidio.

—Nada que proceda de usted es importante para mí, excepto perderlo de vista.

—¿Qué le parece...? ¿Incluso si se trata de la jugarreta que le gastó Gould?

Ha sido un tiro al azar, pero Max advierte claramente la crispación de las facciones del gordo, aunque se normalizan al instante.

—¿Qué nueva historia se le ha ocurrido ahora? —barbotea Rickers, nervioso.

—A propósito de historias. Jeannie ha muerto.

—¿Jeannie?

—La chica de Gould, ya sabe...

—¿Bromea?

—Asesinada. No se pueden gastar bromas con un crimen.

—¡Asesinada!

El gordo se queda sin respiración. Parece que quiere levantarse del sillón, pero lo piensa mejor y se desploma en él otra vez.

—¿Cuándo? —murmura al fin.

—Hace poco... la han liquidado para impedirle que hablara conmigo. Sólo que el criminal no podía saber que ya lo había hecho.

—No comprendo... Es inaudito que venga a contármelo a mí.

—Tengo más cosas que decirle. Por ejemplo, la súbita fortuna de Francis Gould. Mucho dinero. Vacaciones en Miami, la oportunidad de su vida y un cambio de ambiente. Ya sabe cómo son estas cosas.

—¿Qué cosas? ¡Maldito sea usted! Si tiene algo importante que decirme, suéltelo y lárguese antes que sienta la tentación de echarle. Me cansa...

—Sé que Gould se disponía a cobrar una enorme suma. Bueno, sólo es cuestión de pensar un poco. ¿De dónde podía él obtener ese dinero?

—No me lo pregunte a mí...

—No se lo pregunto. Lo sé.

Rickers engulle aire con evidente dificultad. Huele a trampa, pero no consigue descubrir dónde está exactamente.

Y Max Manning prosigue:

—Sólo podía obtenerlo de las apuestas. No creo que estuviera a punto de entrar en posesión de una herencia, ¿verdad, bastardo? Por lo tanto, su única fuente de ingresos eran las apuestas. Ahora bien, hay una regla que raras veces falla: Los que viven de los apostadores casi nunca juegan a su vez. Saben las escasas probabilidades que tienen de ganar. ¿No es cierto?

—Yo suelo apostar de vez en cuando.

—Sobre seguro. En combates de boxeo amañados, carreras con animales dopados y cosas así. No puede perder.

—¡Maldito sea! ¿Qué se ha creído que...?

—Oh, bueno, deje el teatro para otra ocasión. He vivido mucho ya, Rickers. ¿Solía apostar Gould?

—No, que yo sepa, pero podía hacerlo en pequeña escala sin que me enterase.

—Nada de pequeña escala. ¿Apuesta Bob Cannon, por ejemplo?

—Nunca.

—He hablado con él ahí fuera. Tiene cara de inteligente. No es el tipo que se deja las pestañas apostando Bien, Gould sí apostó, pero en grande y sobre seguro No sé de qué artimaña debió valerse, pero obtuvo una suma más que respetable. Tanto, que iba a cambiar

de vida y dedicarse a disfrutar del dinero. Y no me diga que no lo sabía, Rickers.

—¡Claro que no lo sabía! Es más, no lo creo...

—Tonterías. He venido aquí en son de paz. Si quiere guerra la tendrá, y le aseguro que de la manera que más le duela...

—No me asusta, sabueso. Y para demostrárselo, voy a hacer que le arrojen de aquí a puntapiés.

Sus dedos se acercan a un botón diminuto que hay junto a los teléfonos. Max, que hasta este momento ha permanecido de pie ante la mesa, se sienta cómodamente en el gran butacón. Su voz no ha variado un ápice cuando propone:

—¿Por qué no llama a Philip Crane, Rickers?

La mano de éste se detiene como si hubiera estado a punto de tocar una víbora.

—¿Qué tiene que ver Crane con todo esto?

—Quizá a él le gustase saber quiénes pusieron algunos datos en manos de la policía... Seguro que le agradaría. Es bastante bruto, ¿eh?

Como si acabase de golpearle, Rickers se echa hacia atrás. Está sudando de angustia. Sus dedos tiemblan.

—No sé de qué habla —balbucea.

—Crane se vio obligado a salir por pies, cuando la policía estuvo a punto de encerrarlo. Pero los polizones obtuvieron las pruebas contra él por medios que nadie se pudo explicar entonces. No obstante, yo tengo buenos amigos entre los policías... Sé que usted y Cashern hicieron el papel de soplones en aquella ocasión, a fin de librarse del único competidor que podía hacerles sombra. ¿Qué sucedería si Crane llegara a saber de dónde procedió la traición?

Rickers, a quien el sudor le corre por el rostro, saca un pañuelo y se frota nerviosamente. Parece que incluso pierde volumen y Max Manning comprende que ha vencido. El hombre está asustado, desmoralizado por algo que le aterroriza. No puede saber que la mayor parte de lo que el detective le está lanzando a la cara son puras bravatas, tiros al azar dictados por su sentido de la deducción...

No obstante, Max no se siente satisfecho, entre otras razones porque piensa que está desperdiciando el tiempo, que aquél no es el camino que debe seguir.

Pero no tiene otro, porque las manecillas del reloj se mueven, implacables, y la noche avanza.

También en la sala donde está la jaula de la muerte hay un reloj de pared, muy alto, en un muro sólido y sin ventanas. Y los ojos del condenado se posan sobre él una vez tras otra, esperando que el tiempo no transcurra tan raudo.

Pide de beber. Le racionan el *whisky*. No quieren que se emborrache porque debe estar plenamente consciente cuando llegue el instante fatal.

Quieren que se dé perfecta cuenta cuando le sujeten los electrodos, y le coloquen el casquete metálico; de cómo le desgarran el pantalón para ajustar los instrumentos de muerte...

Esconde la cara entre las manos. Un ahogado gemido escapa de sus labios apretados. Los dos guardianes le miran con afectada indiferencia.

También ellos consultan el reloj. Pronto llegará el relevo. Es lo único que les interesa, porque cuando les releven, el molesto servicio habrá terminado, puesto que al día siguiente el reo estará muerto y la jaula vacía.

Para ellos, el tiempo transcurre con desesperante lentitud.

—Está bien, Manning, usted gana —jadea el gordo—. Pero maldito si no le ajustaré las cuentas un día u otro.

—Quizá lo intente, pero hasta entonces yo llevaré la batuta en este concierto. Hable, Rickers, y pronto, porque son las nueve de la noche y el tiempo se agota.

—Lo que yo le diga no le servirá para demostrar la inocencia de Ballinger, Manning..., porque Ballinger es culpable.

—Déjeme eso a mí y al grano.

—Sólo tiene razón en una cosa, Manning... en que Gould apostó una gran suma de dinero. Seis mil dólares exactamente, según supe después.

—¿Y ganó?

El gordo suelta un gruñido parecido al mugido de una foca.

—¡Claro que ganó! Arregló las cosas para meter su apuesta cuando ya había terminado la última de Santa Anita, y por lo tanto sabía el resultado. ¡Y se pagó siete a uno! Era un penco que no había ganado en su vida.

—¡Cuarenta y dos mil dólares! —exclama Max, boquiabierto—. Un buen pellizco para un tipo como Gould.

—Lo malo fue que no lo supimos hasta que ya se había pagado esa apuesta... Para entonces el dinero ya estaba fuera de nuestro alcance.

—Un momento, Rickers... Según mis noticias, Gould no había cobrado todavía cuando fue asesinado. La noche anterior estuvo hablando con Jeannie sobre la fortuna que «iba» a cobrar. ¿Cuándo realizó esa jugarreta?

—Cuatro o cinco días antes de su muerte... puedo saberlo con exactitud si tanto le interesa.

—Averígüelo.

El gordo habla brevemente por el interfono. Tras unos instantes

de espera, de las misteriosas oficinas que hay en las profundidades del edificio surge el informe pedido. Rickers presiona la clavija y corta la comunicación.

—Ya lo ha oído. Seis días antes de su muerte.

—Eso ofrece muchas posibilidades, porque si usted dice que el dinero ya había sido pagado, y por otra parte Gould no lo había cobrado. ¿Qué se hizo de los cuarenta y dos mil «pavos»?

—Todo lo que yo sé es que salieron de nuestras arcas — refunfuñó el tahúr—. No puedo creer que Gould no los cobrara.

—Tal vez los cobró... pero en plomo.

Rickers pega un respingo. Esta vez, ni su tamaño le impide levantarse como un globo presto a emprender vuelo.

—¡Maldito sea usted, Manning! Está tratando de cargarme la muerte de Gould con todas sus insensateces...

—Cuarenta y dos mil dólares son muchos dólares, bola de sebo. Se han cometido crimines por muchísimo menos.

—¡Ballinger mató al bastardo de Gould! Está probado sin ningún género de dudas. No me importa que usted ande removiendo este asunto, supongo que con afán de publicidad. Pero por lo menos no intente mezclarme en sus chanchullos porque le pesará.

—Mire, Rickers, déjese de amenazas. Todo lo que llevo averiguado hasta ahora es que tenía usted un excelente motivo para despachar a su infiel subordinado...

—Los mismos que tenía Cashern, ya que vamos a medias en el negocio de las carreras. Él perdió la mitad de esa suma, y no por eso mató a Francis Gould.

—¿Cómo puede asegurarlo, porque estuvieron reunidos?

—Bueno, ésa es una coartada indestructible.

—No para mí. Tanto usted como Cashern disponen de tipos dispuestos a emplear la pistola si se les paga por ello.

Poco a poco, Rickers se desploma en el sillón. Está desmoralizado.

—Manning, no sé qué infiernos tiene usted contra mí, pero no comprendo su afán de cargarme con ese crimen...

—No quiero complicarle en él si no es culpable.

—Mire, cuando nos enteramos de que Gould había «deslizado» ese camelo tratamos de pescarlo. Le confieso que teníamos la intención de que recibiera una paliza descomunal para que

escarmentara él y sirviera de ejemplo a los demás, pero ya no pudimos echarle el guante. Después, la cosa ya no tuvo remedio, de modo que nos conformamos, pero tomando las medidas necesarias para que no pudiera volver a trabajar nunca más con ningún apostador profesional... pero nuestra venganza no pasó de ahí.

—Entonces, ¿cómo es que la noche en que fue asesinado vino a liquidar su recaudación?

La transpiración del gordo se desliza por su cuello, empapándole la camisa. Cuando habla de nuevo, su voz es débil y titubeante.

—Eso fue una cortina de humo...

—¿Una qué?

—Cashern y yo decidimos declararlo así tan pronto supimos que había sido asesinado. Fue una manera de ocultar que habíamos estado tratando de localizarlo, ¿entiende?

—Ya veo. Tuvieron miedo de que la policía llegase a la misma conclusión a que he llegado yo si conocían la jugada de Gould.

—Exactamente.

—Y no se les ocurrió que sus declaraciones podían condenar a un acusado que era inocente...

—¡Alto ahí! Hasta que ha aparecido usted armando todo este lío nadie sospechó siquiera que Ballinger era inocente. Y por mi parte, sigo creyendo que es culpable. ¿Por qué habíamos de arriesgarnos, si ya tenían al criminal entre sus manos?

Max consulta una vez más su reloj. Siente un tirón en los nervios por lo avanzado de la hora.

—¿Qué más sucedió con Gould? —Trata de puntualizar.

—¿No le digo que se esfumó? No ocurrió nada, excepto que nosotros perdimos ese dinero. En cierto modo, no fue un gran quebranto. Siempre estamos preparados para encajar algún que otro golpe. Son riesgos del negocio.

—Una actitud muy acomodaticia. ¿Dónde está Cashern esta noche?

—¿Cómo quiere que lo sepa? No soy su niñera...

—Me gustaría hablarle también, ya que hemos llegado a las confidencias. Quizá él tuviera algo que añadir a lo que usted acaba de revelarme, Rickers.

—No puedo decirle nada más. Oiga, ¿por qué no nos deja en paz? Está provocando dificultades y más dificultades por nada...

Dentro de unas horas todo habrá terminado y ya no tendrá nada que hacer.

—Ahí es donde se equivoca. Después que Ballinger sea electrocutado, yo proseguiré con la investigación. Tarde o temprano, el criminal pagará, aunque sea por mi propia mano. Y ahora, gordinflón, ¿puede explicarme cómo demonios pudo «meter» esa apuesta cuando lógicamente ya debían estar cerradas?

—No me lo pregunte. Se las ingenió. Los boletos estaban en regla, no pudo advertirse ninguna anomalía hasta que repasamos las cuentas. Además, entonces ya empezábamos a sospechar algo...

—¿Qué fue lo que les alarmó?

—En realidad, la cosa sucedió al día siguiente, y casi por casualidad. Cannon se dio cuenta que las matrices de los boletos no estaban como él las había dejado... Un pequeño detalle si usted quiere, pero Cannon advirtió que alguien había manipulado en el talonario.

—¿Cómo pudo darse cuenta?

—Porque él era el único que lo manejaba. Recordaba perfectamente cómo había quedado cerrado la noche anterior.

—Ya veo... ¿Quién paga las apuestas a los acertantes?

—El cajero. No es un departamento de caja ortodoxo, usted sabe... Nuestro cajero efectúa los pagos en bares, garajes y cafeterías. Algunas veces, en el salón de billares... ¿Por qué le interesa ahora el cajero?

—Porque imagino que conocía a Gould perfectamente.

—Ya pensamos en eso y le preguntamos... No le pagó un centavo a Gould, y en realidad no abonó esa suma a nadie conocido por él. Gould debió valerse de un cómplice para cobrar.

—¿Cuántos boletos suscribió?

—Tres de dos mil dólares cada uno a *ganador*.

—Por lo tanto, el cajero recordaría esos pagos si los hubiese efectuado.

—Recuerda que pagó algunas apuestas crecidas. Hubo dos o tres acertantes en esa maldita carrera. Pero está seguro que no hizo los pagos a nadie que él conociera particularmente.

—Pero conocía a Gould.

—Claro, perfectamente; como conoce a la mayoría, por no decir a todos, de mis empleados, incluyendo los de las oficinas.

—Eso es lo que más me intriga... ¿Dónde fue a parar ese dinero?

—Le juro que me gustaría mucho saberlo para recobrarlo.

—Usted perdió en una apuesta. Consuélese pensando en eso. Y ahora que se me ocurre... ¿Registraron el apartamento de Gould?

—¿Qué cree que somos, Manning? No nos interesa enfrentarnos a una acusación de allanamiento.

—Esa noble actitud le honra —el sarcasmo desconcierta un poco más a Rickers, pero el detective añade—. ¿Lo registraron o no?

La vacilación se esfuma en unos segundos.

—Fue idea de Cashern —confiesa a regañadientes—. Pero no encontramos nada... Ni un miserable dólar.

—¿Y papeles, documentos que pudieran ser importantes?

—Buscábamos dinero, no documentos.

—Y no lo encontraron, ¿eh? Apuesto que todavía no se dieron por vencidos.

—¿Qué quiere insinuar ahora?

—Tal vez pensaron que Jeannie podía haberse convertido en «socio» de Gould para ese negocio..., aunque la muchacha no me habló de eso.

—No molestamos a la chica para nada. Sabíamos perfectamente que Gould no habría confiado en nadie tratándose de una suma tan importante.

—No, supongo que no. ¿Cómo se llama el cajero, y dónde puedo encontrarlo?

—¿No puede dejar en paz a mis empleados? Ya es bastante malo que me vea obligado a soportarlo yo para que ahora los mezcle a ellos en sus delirantes fantasías...

—Quiero hablarle, Rickers, de modo que no me ponga dificultades. Ya sabe lo que puede esperar de mí en este asunto.

—Eso es lo malo, que lo sé... Está bien, vive en el cuatrocientos cuarenta y seis de la 51 Este.

—Iré a verle. Y no es preciso que le ponga en guardia por teléfono, como hizo con Cashern. Puedo llegar a enfadarme, ¿entiende, Rickers?

—¡Váyase al infierno, Manning!

—Sí, seguro, detrás de usted. Salude a Cashern en mi nombre cuando lo vea.

La evidente ironía hace fruncir el ceño al gordo, quien ni

siquiera replica al ver al detective encaminarse a la puerta. En esos instantes, lo único que desea es que el entrometido Manning se vaya y le deje en paz de una vez por todas. Pero no confía mucho en eso porque sabe cuán tenaz es la voluntad del detective.

Una voluntad indomable que lucha por una causa perdida.

Quizá si el condenado supiera de esa lucha tenaz, implacable, sin pausa, podría albergar alguna débil esperanza en el fondo de su alma. Pero todo lo que Ballinger puede hacer en estas últimas horas es consumirse de amargura. Dentro de poco, la desesperanza dará paso al terror, cuando se vea arrastrado hacia la cámara fatal...

Weddle, el cajero, es un hombre recio, de cabello escaso, mirada penetrante y ademanes pausados. Cuando abre la puerta y contempla al detective, Max tiene la impresión de que está en guardia. Rickers debe haberle telefoneado.

—Me llamo Manning —se presenta, entrando en el apartamento.

El cajero cierra suavemente. Sin titubear, le advierte:

—Sé a lo que viene usted. El patrón me ha llamado por teléfono. Debo decirle que pierde el tiempo conmigo, señor Manning.

—Eso deje que sea yo quien lo decida. ¿Le ha contado Rickers qué le he preguntado, y, lo más importante, lo que me ha respondido él?

—Sólo en líneas generales. Al parecer, se interesa por una apuesta muy crecida en la que anduvo mezclado Gould...

—En efecto.

—No voy a poder hacer nada por usted... Todo lo que sé, es que él no cobró ningún boleto.

—¿Está absolutamente seguro?

—Sin la menor duda. Le conocía muy bien.

—Está bien, no voy a dudar de ese informe. Ahora bien, ¿recuerda quién cobró unos boletos de dos mil dólares a *ganador*? Pagó catorce mil por cada uno, de modo que debe recordarlo.

—Todo lo que sé al respecto es que le pagué a una rubia, en los billares. Por lo demás, Rickers sabe eso.

—El gordo ha querido que fuera usted quien me informase, para evitar más suspicacias. ¿Podría reconocer a esa rubia acaso?

—Bueno, casi estoy seguro, aunque ya sabe cómo y con qué facilidad las mujeres cambian de aspecto.

—¿Era bonita?

—Sensacional. Y saltaba de alegría.

—Tenía motivos para estar alegre... ¿de qué color eran sus ojos,

cómo tenía la boca, y qué vestido llevaba? Necesito detalles...

—Ahí es donde no puedo ayudarle en nada. Todo lo que recuerdo es que sus ojos eran muy oscuros.

—Pues sí que es usted una ayuda, amigo...

El cajero se encoge de hombros. Considera que ha hecho más de lo que debía. A fin de cuentas, ese sabueso puede considerarse un entrometido de tres al cuarto... Por lo menos, a juzgar por lo que Rickers le ha contado por teléfono.

Max da por terminada la visita. Instintivamente, comprende que tiene algunos datos que pueden ser muy importantes si logra encajarlos en su lugar correspondiente. En primer lugar, ¿quién fue la mujer que cobró la apuesta fraudulenta amañada por Gould?

—Jeannie tal vez... Y pueden haberla matado precisamente por eso.

Ese monólogo no le lleva a ninguna parte. No parece lógico, porque sea quien sea que mató al recaudador de Rickers no fue una mujer.

Se dirige a dónde ha dejado el coche al llegar, un pequeño estacionamiento establecido en un solar sin valla. Dos o tres luces solitarias cuelgan de unos cables y apenas disipan las sombras alrededor de los vehículos aparcados.

Está trazando el próximo plan de acción cuando llega junto a su coche. En el instante que trata de abrir la portezuela se apagan las luces y alguien pesado y duro salta sobre él, derribándole con violencia.

Max deja escapar una maldición. Se revuelve en el suelo. Al girar el atacante golpea de espaldas contra la carrocería. Consigue desprenderse de él y se levanta, furioso y con todos sus duros músculos en tensión.

Le parece que la oscuridad está poblada de sombras que se mueven. Oye voces cuchicheantes y ahogadas que están cada vez más cerca.

El atacante parece que tenga ojos de gato. De nuevo salta, y una vez más le cae encima, aunque en esta ocasión el detective está preparado y le recibe con un «gancho», que, si bien no estalla en el lugar deseado, sí arranca un aullido de dolor del fulano, que sale tropicado.

Max intenta penetrar la oscuridad. No distingue nada. Ahora

sabe que, del modo que sea, sigue una buena pista. El asesino ha decidido atacarle a él, lo cual demuestra que está asustado y que teme verse descubierto en cualquier momento.

Una voz susurra con tono apremiante:

—¡Imbécil! ¿Dónde está?

Un nuevo susurro, ininteligible.

Sabe que no puede perder esta pelea. Sólo con que consigan dejarle inconsciente, Frank Ballinger estará perdido irremisiblemente. Quizá no quieren matarle, sólo impedirle que durante esa noche siga investigando. A la mañana siguiente el reo habrá sido ajusticiado, y deben suponer que después de eso él abandonará...

Todos sus sentidos están alerta. Percibe una respiración jadeante muy cerca. Entonces distingue una silueta que se recorta vagamente contra el lejano resplandor de un farol callejero.

Se orienta en la oscuridad hasta localizar el lugar donde se oye la contenida respiración. Sin dudarlo un segundo, brinca en el aire como un tigre y cae sobre un hombre que inmediatamente se debate entre sus brazos de hierro con la fuerza de la desesperación.

Max golpea con furia salvaje. Se da cuenta que sus golpes están desmoronando a su oponente, pero éste consigue colocarle uno en medio de la frente que le aturde momentáneamente.

Gruñe como una fiera. Su mano izquierda mantiene sujeto al desconocido, de modo que tiene una magnífica guía para colocar el puño derecho en el cuello de su adversario. Escucha la silbante respiración, y los gemidos que tratan de escapar de una boca que no puede absorber aire a causa del terrible impacto.

Los pasos de otro atacante, muy cerca, le obligan a abreviar la lucha. Dispara un puntapié que da en el punto preciso que había calculado. Un terrible lamento se eleva en la oscuridad y el asaltante se desploma, golpeando el suelo con violencia. Intenta patearle para no darle cuartel y terminar por lo menos con uno de los asaltantes. Consigue que su zapato entre una vez en contacto con la cabeza del caído, quien, después de otro chillido queda inmóvil y silencioso.

Es en este instante cuando el otro le cae encima con formidable ímpetu. Los golpes llueven de todas partes y por ambos antagonistas. Max, con todas sus fuerzas puestas a prueba, sostiene

la salvaje lucha con su voluntad puesta en vencer, porque de que lo logre o no depende la vida de su amigo...

Un golpe demoledor le lanza de espaldas contra su propio coche. Está intentando recobrar la lucidez cuando un nuevo mazazo le abate como a una res apuntillada, pero tampoco el bandido piensa darle cuartel, puesto que en el instante en que Max trata de levantarse, el otro le golpea con los pies, gruñendo de furor, persiguiéndole cuando trata de esquivar rodando por el suelo.

Consigue librarse momentáneamente, apartarse y, apoyándose en un coche, incorporarse con dolores de agonía en todo el cuerpo.

En ese instante se oyen pasos precipitados y ruidosos que se acercan. Desde luego, no se trata de otro atacante o no armaría tanto ruido. Sus esperanzas renacen...

Una voz grita:

—¿Qué pasa aquí?

Es una voz seca y dura. Imagina que debe pertenecer a un guardia.

—¡Aquí! Me han atacado...

—¡Un momento y estoy con usted!

El hombre se acerca. Percibe su sombra más oscura que la negrura que invade el recinto.

—Gracias, amigo... creo que ahora podremos...

No termina la frase. El recién llegado le descarga un mazazo sobre la cabeza con algo mucho más duro que un puño, y la oscuridad estalla en miríadas de luces que parecen metérsele en el cráneo incendiando su cerebro.

Luego, las luces se extinguen y la oscuridad, para él, existe tanto dentro como fuera de su cuerpo.

Al final, le han vencido.

Una derrota que puede significar la vida o la muerte para Ballinger, quien ya no se atreve a mirar el reloj que cuelga de la pared porque el rápido paso del tiempo acaba con su resistencia.

Han cambiado la guardia. Bill, el guardián que más se ha interesado por hacerle llevaderas aquellas horas, ha tratado de proporcionarle una buena cena, pero Ballinger no tiene apetito.

Sólo sed, y desesperación. ¿Cuánto tardarán en sacarle de la celda, y cuándo empezará el barbero a raparle la cabeza?

El propietario de uno de los coches dio la voz de alarma — explica el teniente Morton—. Te encontraron, te trajeron al hospital y dieron el aviso por el teletipo de la policía. Así fue cómo me enteré.

—¿Qué hora es, Morton?

—Las diez cuarenta y cinco.

Max pega un salto sobre la cama donde le han tendido.

—¡He de salir de aquí!

—Bueno, no te han internado, pero tienes una grieta en el cráneo. Debes andar con cuidado.

—Pero ¿no quieres comprenderlo? Es el asesino quién está haciendo todo esto para evitar que pueda descubrirlo. Mató a Jeannie, y ahora ha tratado de dejarme fuera de combate por esta noche... ¿Todavía no te das cuenta?

—Bien, te confieso que ahora empiezo a vacilar. No puedo creer en todas esas casualidades. Pero eso no nos sirve de nada...

—Quizá sí. He estado pensando en ese ataque... y en otras cosas. Creo que tengo una sospecha aproximada de por qué mataron a Gould...

—Lo importante sería que esa idea fuera sobre el hombre que lo mató, si hemos de creer que Ballinger es inocente.

—Lo es. Y tengo impresión sobre eso también.

—¿Tratas de impresionarme acaso?

Max se levanta. Las piernas están a punto de fallarle, pero se sostiene recurriendo a su voluntad y, acariciándose la cabeza, añade:

—Voy a contarte una historia, Morton... aunque lo que te diga es marginal. No obstante proporciona el motivo del crimen.

—¿Qué motivo?

—Cuarenta y dos mil dólares.

—¿Qué?

Sin perder ni un segundo con palabras inútiles, pone al corriente al policía de cuánto ha averiguado acerca de la apuesta de Gould y todo lo demás.

Termina explicándole lo que ha hablado con el cajero de Rickers, tras lo cual Morton se rasca la coronilla, perplejo.

—Muchacho, eso es un motivo de los mejores para cargar el mochuelo a esa pareja de bastardos, pero tú sabes bien que semejante acusación no prosperaría, ¿verdad? No son pruebas capaces de hacer que la sentencia sea aplazada.

—Ya lo sé, pero hay algo más...

En ese momento, un guardia de uniforme interrumpe para anunciar a Morton que le llaman al teléfono con urgencia.

Max queda solo. Aprovecha el respiro para ordenar un poco más sus ideas, y encajar en ellas las circunstancias de la pelea, y la bien urdida treta del presunto salvador... un tipo inteligente.

Al regresar el teniente, advierte cuán pálido está. Tiene los labios apretados con una dureza que no augura nada bueno.

—Bueno, ¿qué sucede ahora? —le interroga, impaciente.

—Max, creo que estás haciendo lo correcto. Jerry Buch ha sido asesinado esta misma noche.

—¿Jerry Buch...? ¡Demonios, el propietario de unos billares donde estuvo Ballinger a la hora del crimen, el lugar donde robó algunos dólares de un cajón de la mesa...!

—Justamente. ¿Por qué han matado a Buch precisamente hoy?

—Porque podía atestiguar que el robo era cierto. Alguien le obligó a declarar en falso para destruir la débil coartada de Frank... Ahora, al revolver yo todo el asunto, el asesino ha tenido miedo de que Buch hablase. Y yo pensaba interrogarlo esta noche...

—Voy a hablar con el fiscal, si alguien consigue localizarlo. ¿Por qué no vienes conmigo?

—No, gracias, tengo otras cosas que hacer. ¿Qué trámites pueden seguirse para conseguir un retraso en la ejecución?

—Eso sólo lo puede decidir el gobernador, o un juez del Gran Jurado..., o el verdadero asesino.

—Escucha, Morton; voy a intentarlo por medio del senador que me consiguió el permiso para visitar a Frank. Pero entretanto, tú podrías hacer lo que me proponía realizar después de haber hablado

con Buch.

—¿Y qué es eso tan importante?

—Hemos de encontrar a la mujer que cobró esas apuestas. Es rubia, o por lo menos era cuando presentó los boletos al cajero. Aunque bien puede haber cambiado el color de su cabello. Pero eso no importa mucho ahora. Es necesario localizarla...

—¿De veras? Tal vez puedas decirme cómo piensas hacerlo sin contar con más datos, y con el escaso tiempo que queda.

—No es preciso buscarla por toda la ciudad. Debe estar relacionada de alguna manera con el mundo de las apuestas. Tal vez es la amante de algún elemento destacado... Incluso podría ser la chica de Cashern... si éste fuera lo bastante inteligente para tramar una jugada semejante.

—Está bien, lo haré tan rápidamente como pueda, pero no espero obtener gran cosa por ese lado.

—Cashern, Cannon, Rickers..., todos tienen amigas. Y los demás matones a sus órdenes también. Espabílate, Morton. Y cuando salgas, pídemme un taxi, ¿quieres?

—Seguro.

Pasan sólo unos minutos hasta que abandona el hospital. El taxi le lleva al Waldorf Astoria, aunque su entrada en el imponente vestíbulo no parece impresionar favorablemente a los empleados de servicio.

Sólo al hecho de que el senador accede a recibirle, le dejen llegar hasta los ascensores.

Max, al verse en el gran espejo del aparato comprende las reticencias y las alarmas de los empleados. Tiene un aspecto desastroso, con un gran parche adhesivo en la cabeza, las ropas arrugadas y sucias de tierra...

Igualmente, el senador no puede ocultar su asombro cuando es introducido en la *suite* que ocupa.

—Su apariencia es realmente asombrosa, Manning —comenta el senador, ofreciéndole asiento—. ¿Trae la cuenta?

—No. Estoy metido en algo mucho más importante. Sólo he venido a solicitar su ayuda, senador.

—Bien, si puedo...

Una vez más, cuenta la historia de Frank Ballinger y las conclusiones a que ha llegado en esas horas de investigación.

Cuando termina, el senador, impresionado, murmura:

—De modo que le han asaltado... y han muerto dos personas más a causa de este asunto. ¿Está seguro que no se trata de casos separados?

—Todo lo seguro que puedo estar sin pruebas.

—Ya veo... ¿Y qué espera que haga yo?

—Hable con el gobernador..., solicítele un aplazamiento..., o utilice su esfera de influencia para llegar al Gran Jurado...

—Le confieso que no confío obtener resultado esta vez, pero lo intentaré...

Max suspira, aliviado. Si pudiera lograr un aplazamiento...

—¡Max!

Se vuelve en redondo. Sylvia está mirándole desde el umbral de una puerta. Al darse cuenta de sus desperfectos corre hacia él con una mirada de alarma en sus hermosos ojos.

—¿Qué ha sucedido, Max, un accidente?

—No... una lucha. He venido a ver a tu padre.

—Ya lo imagino. Estaba segura que no vendrías aquí, por mí. Tienes miedo, ¿no es cierto?

—Tal vez.

El senador les deja solos mientras va a hablar por teléfono.

Sylvia apenas ha esperado a que su padre desapareciera para echarse en los brazos del detective, cuyos labios estallan sobre los suyos como si quisiera calmar la mortal angustia que le acucia bebiendo de aquella fuente de pasión y vida.

El duro cuerpo de la muchacha vibra en sus manos con la impaciencia de la espera. Se entrega al beso por entero, casi con voracidad, porque sabe que al día siguiente se separarán y teme que la ausencia enfríe el amor del hombre si no es tan firme como el suyo...

—Nena, si nos sorprende tu padre me echa por la ventana.

—Le he hablado de nosotros, Max...

—Te dije que no lo hicieras hasta que...

—Tonterías, amor. Es tan feliz con mi regreso que me dejaría casar incluso con un habitante de Marte si apareciera.

—¿Y tu madre?

—Ella es un hueso duro de roer, pero también claudicará cuando le plantee el problema. Es cuestión de estrategia, ¿sabes?

—Imagino que tú sabes mucho de eso.

—Lo demostré al cazarte a ti, ¿no es cierto?

—Te confieso que soy el primer sorprendido...

De nuevo se besan, y el tiempo se detiene en aquellos instantes sublimes. Después, cuando oyen el regreso del senador, tratan de componer sus actitudes.

—Todo inútil, Manning —masculla el político—. Lo lamento...

Otra esperanza acaba de esfumarse. Una confianza que había alentado en el pecho del detective.

En el del condenado ya no cabe esperanza alguna. En su jaula fatídica espera y espera... temblando de angustiosa desesperación.

Ve cómo se abre la puerta del fondo de la sala. Una figura negra aparece andando reposadamente. Lleva las manos juntas y entre ellas oprime un crucifijo...

Ballinger contempla aquella aparición con los ojos desorbitados.

El capellán habla brevemente con los dos guardianes. Son unos instantes supremos para el condenado porque demuestran que el gran momento final está ya muy cerca. Un sudor helado empapa su cuerpo...

La puerta de barrotes de hierro se abre. Bill, el guardián, se aparta a un lado para que el sacerdote pueda entrar.

Es un capellán joven, de rostro ascético, acongojado por lo que se avecina. Trata de sonreír. No pronuncia una sola palabra de momento.

Espera a que el reo se siente de nuevo en el camastro. Entonces empieza su piadoso cometido...

—Se llama Virginia Elton, Max —masculla Morton, inquieto.

—¿La has interrogado?

—Seguro. En realidad creo que he abusado de su ignorancia en materia legal...

—¿Dónde está ahora?

—En una celda, incomunicada. No quiero correr más riesgos.

—Magnífico. ¿Vamos a por él?

—Espera un minuto. ¿Cómo sospechaste de ese tipo?

—Te lo contaré por el camino. Y espero que me dejes a mí la iniciativa, porque en cierta forma podemos fracasar, y en ese caso no quiero que te veas comprometido por mi causa.

—¡Al diablo con eso!

Emprende el corto recorrido en el coche del teniente. Max no se atreve a mirar la esfera fluorescente de su reloj. Le falta valor para comprobar el tiempo que queda... el tiempo de que dispone para librar a Frank Ballinger de la muerte.

El coche se detiene. El edificio es de cuatro plantas, de buen aspecto. Hay luz en dos ventanas del segundo piso.

—Segundo —comenta Morton—. Ahí es donde vive.

—Bien...

—Un momento, ¿qué hay de esa explicación? Quiero saber a qué atenerme antes de enfrentarme a ese tipo.

—No tengo ninguna prueba, si es eso lo que te interesa. Pero pensé que era muy extraño que Gould llevara adelante él sólo la estafa que te he contado. Debía saber cómo funciona el mecanismo de las apuestas. Su superchería sería descubierta antes que se hiciera efectivo el importe de los boletos...

—Ya veo.

—Cannon se dio cuenta de que alguien había manipulado en su talonario. Pero no lo «descubrió» hasta que estuvo seguro que la rubia había cobrado el dinero. Entonces dio la voz de alarma para cubrirse, tal como debía estar plantado desde un principio con Gould. ¿No lo comprendes? Podía haber descubierto las matrices falsas a primera hora del día si hubiese obrado honestamente...

—¿Y crees que con eso lograremos hacerle hablar?

—Déjame a mí y verás.

Salta del coche. Morton, que sigue con sus ideas gruñe:

—Lógico... Cannon pensó que sería mucho mejor quedarse con cuarenta y dos mil dólares en lugar de conformarse con la mitad. Él, como tantos otros, estaba enterado de la disputa entre Ballinger y Gould en el bar del Excelsior, por lo tanto sabía también que Ballinger tenía una pistola. Bueno, se apoderó de ella utilizando guantes para no dejar sus huellas ni borrar las de Ballinger...

—Fue endiabladamente fácil. Matar a Gould y devolver la pistola al apartamento de Frank... Lo demás vino rodado. Ya nadie podía disputarle los cuarenta y dos mil «pavos»... Hasta que aparecí yo para desenterrar la verdad.

—Bien, vamos a ver a ese pájaro... pero no creo que consigamos hacerle confesar. Debe saberse seguro. Claro que...

—¿En qué estás pensando?

—Nada. Vamos.

Suben la escalera. Reina un completo silencio en la casa. Por debajo de la puerta asoma una fina línea de luz. Aplicando el oído a la madera, Morton escucha unos instantes. Al enderezarse, susurra:

—Está marcando números al teléfono... Apuesto que trata de comunicar con su amiguita, y si es así presumo que debe encontrarse muy nervioso...

—¿Llamamos, o echamos la puerta abajo para sorprenderlo?

—Los policías no podemos actuar así, amigo... Espera.

Pulsa el botón del timbre. Unos pasos se acercan a la puerta por el otro lado, y la voz de Cannon gruñe:

—¿No sabe la hora que es? ¡Lárguese!

—¡Abra, Cannon, soy el teniente Morton, de Homicidios!

Suena una seca exclamación dentro del apartamento. Instantáneamente, la línea de luz se extingue.

Max, sorprendido, murmura:

—No debiste descubrir tu identidad..., podíamos haberle engañado para que abriera.

La mirada fría del policía parece sonreír cuando dice:

—Precisamente... ¿Y qué?

—¡Mil diablos, ya veo!

Morton sonríe. Saca su revólver de reglamento. Levanta el gatillo suavemente y de nuevo grita:

—¡Abra de una vez, Cannon! Está descubierto.

Un estampido abre un agujero en la madera, del que saltan astillas al paso de la bala. Morton pega un salto de costado, mientras Max se aprieta contra la pared. Una vez más, maldice interiormente por no haber ido en busca del revólver...

Morton comenta:

—Bien, Max, si eso no es una confesión...

Levanta el revólver. Apuntando a la cerradura, comienza a disparar una y otra vez, bala tras bala, como recreándose en el horrisono estruendo que la descarga levanta en el estrecho pasillo.

La cerradura salta y trozos de madera la acompañan, pero el teniente continúa vaciando su revólver hacia el oscuro interior.

No cesa hasta que agota la carga del revólver. Entonces, pegado a la pared, procede a recargarlo de nuevo.

—Bien, ahora veremos qué tiene que decirnos nuestro amigo...

Pega un puntapié a la puerta. El interior está silencioso como una tumba. Pero dos disparos estallan en la negrura, y las balas zumban al rebotar en la pared.

—Le gusta el ruido —gruñe Morton.

De nuevo, asomando solo la mano, dispara a ciegas hacia dentro, con la intención de asustar y desmoralizar al sitiado Cannon.

De repente suena un grito, y acto seguido el golpe de un cuerpo al caer al suelo. Algo metálico cae también y todo queda en silencio.

Max, con los nervios a punto de romperse, advierte:

—Si lo has matado te arrojaré al río, Morton... Lo necesito vivo.

—Bien, vamos a verlo.

Entra de un salto, resueltamente, acurrucándose a un lado de la entrada. No se fía de la caída. Puede ser una trampa de asesino acorralado...

Pero no es un ardid. Cuando se atreve a encender la luz, el corpachón de Cannon está caído de bruces. La sangre se desliza de su pecho al suelo.

—No está muerto... todavía.

Da la vuelta al cuerpo. El herido gime débilmente. Max, inclinándose a su lado, le grita:

—¡Cannon! ¿Puede oírme?

El aludido abre los ojos. El terror anida en ellos porque está seguro que va a morir.

—Fue usted quien mató a Gould, ¿verdad?

—Sí... pero no he tenido suerte. Muero primero que Ballinger...

—¿Está dispuesto a firmar una declaración, Cannon? No puede dejar que maten a Ballinger ahora...

Morton intenta meter baza, pero el detective le hace callar con un gesto imperioso.

—Está acabándose, Cannon... no saldrá de ésta. ¿Qué le importa ya una declaración? Ballinger nunca le hizo ningún daño...

—La firmaré... Un médico, por favor...

—Yo redactaré la declaración... luego se la leeré, Morton, encárgate de llamar al doctor, ¿quieres?

—Primero he de calmar ese gallinero de ahí fuera...

Sale, para acabar con el vocerío de los curiosos que se han agolpado en el pasillo. Entretanto, Max busca papel y pluma y

escribe rápidamente, antes que llegue el médico y revele a Cannon que su herida no es mortal...

Cuando termina de escribir lee pausadamente. Es sólo una declaración escueta confesándose autor de la muerte de Francis Gould. Lo demás, ya vendrá después, cuando la policía comience a trabajar con Cannon.

Este firma con tremenda dificultad. Sus ojos suplicantes no se apartan de aquel hombre gigantesco que se yergue junto a él.

—¡Un médico... por favor! —repite.

—Está en camino —anuncia Morton—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Primero, suspender la ejecución. Después iré personalmente a la prisión...

Sale como una tromba. Sabe que incluso consiguiendo que la ejecución sea aplazada por el momento, no informarán a Frank hasta el último minuto. Todavía llegará a tiempo...

Trata de imaginarse cómo reaccionará Frank...

Si alguien le preguntase a Frank Ballinger qué haría si le dieran la noticia, lo más seguro sería que no supiera qué contestar porque está sumido en un estado de total atonía. Sentado en el borde del camastro, junto al capellán que trata de confortarlo en esos instantes terribles que preceden a la muerte, repite una y otra vez:

—¡No lo hice, le juro que no lo hice! Van a matarme por un crimen que no cometí...

Fervientemente, el sacerdote pide al cielo que le ilumine para hallar argumentos que puedan consolar la desesperación de esta criatura que le han confiado, para convencerle de que no todo acaba con la muerte, sea ésta la que sea, que hay un más allá lleno de luz y esperanza.

Habla bajo y pausado. El reloj desgrana unas campanadas. Falta menos de una hora...

Por encima de la cabeza abatida del sacerdote, Ballinger mira de reojo el gran reloj. Faltan exactamente cuarenta y seis minutos...

Es entonces que la puerta del fondo de la gran sala se abre y entra una comitiva apresurada, que se dirige directa hacia la jaula.

Frank se levanta de un salto. Desesperado, mira el reloj, y la ventana, completamente oscura todavía. Y con ojos desorbitados, a los que avanzan casi corriendo. Se agarra a los barrotes tratando de sacudirlos con frenesí. No es posible... quieren engañarlo, no es la

hora...

Y lo grita salvajemente:

—¡No es la hora todavía, malditos! ¿No ven el reloj, no ven la noche, la oscuridad? No pueden hacer eso... ¡No pueden matarme así... no pueden...!

Golpea los gruesas barrotes con los puños. Ve a uno de los hombres que echa a correr hacia él. Las fuerzas le abandonan y se desliza a lo largo de los barrotes hasta caer de rodillas.

Y aquel hombre que corre...

Debe ser un espejismo... una visión producida por las lágrimas...

Porque no puede ser Max...

No obstante, unas manos de hierro le sujetan por los brazos tirando de él para obligarle a levantarse. Le agarran a través de los barrotes, y una voz emocionada, ronca, repite una y otra vez palabras que no comprende...

—¡Estás libre... Frank, estás libre...! El criminal...

Cannon... Eres libre, Frank...

De repente, la palabra penetra en su mente y estalla como un cohete.

«Libre».

«¡LIBRE!».

Y ahora sí arranca en sollozos, mientras la puerta se abre y él cae en brazos de su amigo, que le sostiene casi con rudeza. Pero él se desprende y cae de rodillas al lado del capellán, que, también arrodillado, reza y llora, llora y reza, por aquel milagro que cree tener ante los ojos.

Con voz que apenas se oye, el sacerdote interrumpe la oración y murmura:

—Has vuelto a la vida, Frank... no lo olvides nunca Dios es misericordioso..., recuérdalo siempre...

«Siempre...».

LIBRE.

A dos pasos de distancia, Max contempla la escena con una extraña emoción que apenas puede dominar. Piensa que ha cumplido como bueno. Le ha devuelto el favor al amigo que un día supo jugárselo todo por él...

Y ya podrá dedicarse a pensar únicamente en Sylvia...

Todo ha terminado. Podrá acompañarla a Washington seguro.

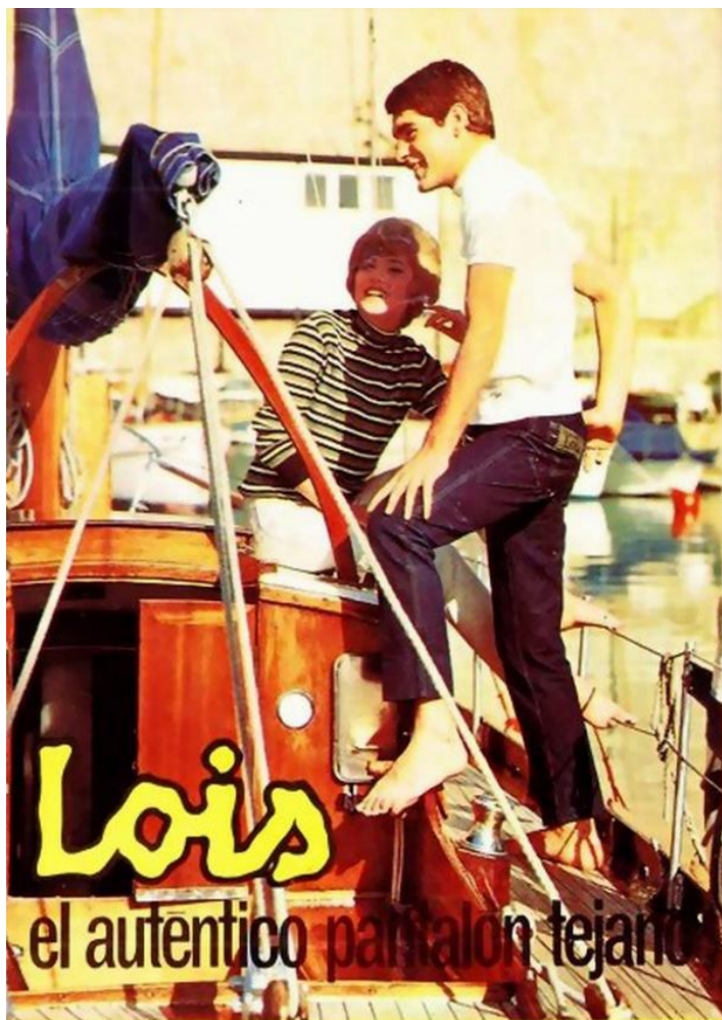
Y al fin podrá decir que es suya por entero, sin trabas ni barreras.

Suena bien ese pensamiento:

«Es mía... será mía... me ama».

Por supuesto, acertó, porque ella fue suya, como si quisiera premiarle por la angustia sufrida y la impaciencia que hubo de dominar...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

